

BOLSIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

UN TRABAJO DE AFICIONADOS

Adam Surray

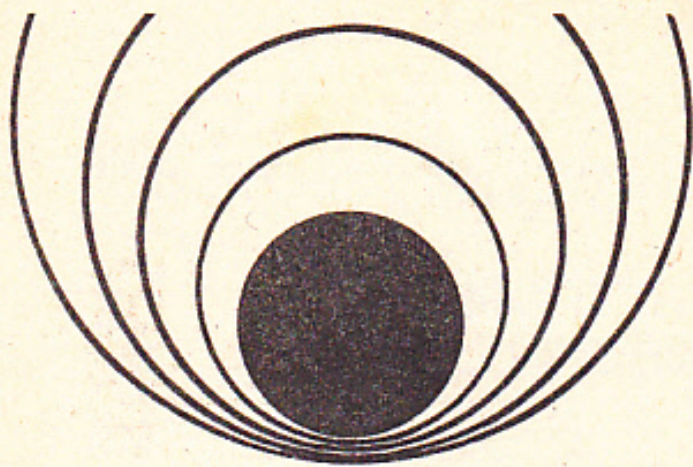
Adam Surray UN TRABAJO DE AFICIONADOS

AFICIONADOS

18 AÑOS

18 AÑOS





PUNTO ROJO



ADAM SURRAY
UN TRABAJO DE AFICIONADOS

Colección PUNTO ROJO n.º
1011 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.583. — Asesinos a proa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878. — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

1.178. — Rencor salvaje.

En Colección PUNTO ROJO:

1.004. — El juego de la verdad

En Colección COLORADO:

1.141. — Escrito con sangre.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

446. — Morir en Kansas.

En Colección BISONTE SERIE AZÚL:

552. — Pistolero con niño.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 23.803-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: septiembre, 1981

© Adam Surray - 1981

texto

© Martin - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1981

CAPITULO PRIMERO

Phil McCowen succionó el cigarrillo.

Exhaló una bocanada de humo que formó fugaz cortina ante su rostro.

—Prestadme atención.

Alec Armstrong y Geoffrey Harris desviaron la mirada del plano para posarla sobre McCowen. Este era un individuo joven. De unos veintiocho años de edad. Rostro de correctas facciones adornado de intenso bronceado. Complexión atlética.

—Muy bueno, Phil —aplaudió Geoffrey Harris—. Hazlo otra vez. McCowen parpadeó.

—¿El qué?

—Lo del humo... Has echado el humo por la oreja izquierda, ¿verdad?

—¡No, maldita sea! —McCowen golpeó el puño derecho contra la mesa—. ¡No he hecho semejante cosa!

Geoffrey Harris respingó por aquella súbita reacción.

—Bueno, hombre, bueno... Ya te saldrá la próxima vez. No te enfades.

Phil McCowen arrojó el cigarrillo.

Contempló fijamente a Harris.

—¿Qué edad tienes, abuelo?

—¡Y yo qué sé! ¿Crees que llevo la cuenta?

Geoffrey Harris lo mismo podía tener setenta que ochenta años. Su rostro era como un pergamino. Marcadas arrugas dibujaban surcos de un lado a otro. Sus hundidos ojos dotados de un sempiterno brillo de astucia. El níveo pelo abundante. Con una agilidad de movimientos impropia de su edad.

—Si fueras mi padre te haría saltar los dientes.

—No digas tonterías, Phil. Mis dientes son postizos y tú jamás pegarías a tu padre.

—Seguro —rió Alec Armstrong—. No lo conoció.

McCowen ahogó un suspiro.

Retrocedió dejándose caer en la silla a la vez que su rostro reflejaba una instintiva mueca.

—Okay. Me rindo. Olvidemos el asunto.

Alec Armstrong, que se disponía a tomar el tercer sandwich, interrumpió el iniciado ademán arqueando las cejas. Unas cejas pobladas que destacaban en su alargado rostro caballuno. Armstrong frisaba en los treinta años de edad. Fuerte y corpulento.

—¿Por qué, Phil?

—¿Por qué? ¿Y aún lo preguntas? Mañana es el gran día. El robo a la furgoneta de la Busey Company. He planeado todo minuciosamente. Sin el menor error posible. Y aquí estamos. El abuelo abrazado a la botella de whisky y tú devorando sandwichs.

—Tengo hambre, Phil.

—Oye, muchacho —intervino Geoffrey Harris con pastosa voz—. Tú nos tomas por idiotas. Llevas toda la semana machacando con lo mismo. Conocemos ya el plan a la perfección. ¿Hay que robar la furgoneta? Pues se hace y solucionado.

—Así de sencillo.

—¡Seguro! Ya has explicado lo que debe hacer cada uno de nosotros, ¿no? ¡Pues ya es suficiente, condenación! ¿Quieres que te lo repita? —el anciano se inclinó sobre el plano de Chicago extendido sobre la mesa. Golpeó el papel con el dedo índice—. Barrio Hyams... La Hope Avenue... La furgoneta bajará por Moon Street. En esta señal es donde yo...

—Geoffrey...

—Déjame seguir, Alce. Luego hablarás tú. Sé muy bien lo que me digo. En esta señal estaré con el auto y...

—Oye, Geoffrey...

—¿Qué diablos quieres?

—Eso no es una señal. Es una mancha de mostaza. Fue al comer el primer sandwich cuando me cayó.

Harris empuñó los ojos.

—¿De veras? Bueno, no importa. ¡Maldita sea! ¡Esto del plano es una idiotez! Yo conozco Chicago como la palma de mi mano. Estaré en Kemp Road con el auto. Esquina a Moon Street. ¡Y no necesito que se me indique en el plano!

Phil McCowen había encendido un nuevo cigarrillo.

Se incorporó para doblar el plano extendido sobre la mesa.

Contempló alternativamente a Harris y Armstrong.

—Bien, chicos listos. No se hable más. ¿A qué hora, Alec?

—¿El qué? —inquirió Armstrong, con la boca llena.

—¡El funeral de tu tía! ¡Maldita sea! ¿De qué estamos hablando?

—¡Ah...! Lo del robo... A las nueve cuarenta y cinco minutos de la mañana estaré al volante del Buick en Moon Street.

—Y yo estaré estacionado esquina a Kemp Road —dijo Geoffrey Harris.

Phil McCowen mesó su rebelde cabello.

Asintió.

—Eso es... Todo saldrá bien. Sin violencias. He adquirido tres pistolas de fogeo. Tres Luger perfectamente imitadas.

—Oye, Phil...

—¿Sí, abuelo?

—Yo tengo una pistola. De cuando era algo más joven. La he estado limpiando para esta ocasión.

—No quiero armas de fuego real.

—También es de imitación —informó Harris, avanzando hacia uno de los muebles—. Te la enseñaré. Es un poco antigua, pero la he estado limpiando y tiene un aspecto impresionante. ¿Qué te parece?

Geoffrey Harris empuñaba una pistola de largo cañón.

Muy brillante.

—Sólo tiene un pequeño inconveniente, abuelo —dijo McCowen, con instintiva mueca—. El corcho.

—¿El corcho?

—Sí. El tapón de corcho del cañón.

El anciano se palmeó la frente.

—¡Es cierto! Ahora recuerdo que disparaba tapones de... ¡Eh, Phil! ¿Dónde vas?

Phil McCowen, tras ajustarse la chaquetilla, se encaminó hacia la puerta.

No se dignó a responder.

Estaba demasiado desmoralizado.

Al pisar Wynn Street respiró con fuerza llenando los pulmones de la fría brisa nocturna. Una extraña atmósfera flotaba sobre la ciudad. Contaminación, las brumas del Lake Michigan, las pestilencias de los Stock Yards, el sucio discurrir del Chicago River... Una mezcla imposible de definir y ya familiar para los habitantes de la ciudad.

Phil McCowen caminó con las manos introducidas en los bolsillos de la chaqueta de cuero.

Wynn Street, como todas las calles de la zona de

Shawn Hill, no era pródiga en iluminación. Contados luminosos de neón combatían la oscuridad de la noche. Uno de ellos era el de The Globe.

McCowen penetró en el local.

Allí también se respiraba una peculiar atmósfera. Un combinado de olores. Junto al perfume barato el olor a bestia humana y tabaco. Parejas en la pista de baile, solitarios en las mesas y chicas en los taburetes del mostrador. Pese a la estridente y dinámica música de la orquesta enlatada, el ambiente era triste y sórdido.

Phil McCowen se aproximó al mostrador.

—Hola, Curtis. Lo de siempre.

—Llegas tarde, McCowen —dijo el individuo del mostrador, pasando maquinalmente un sucio trapo por la barra—. Cynthia ya ha actuado y el pase de medianoche lo ha suspendido. Dice que

no se encuentra muy bien.

McCowen echó una mirada al reloj que colgaba de una de las paredes.

No imaginaba que fuera tan tarde.

Con razón Alec Armstrong tenía hambre.

—No me sirvas nada, Curtis. Iré al apartamento de Cynthia.

—Puede que aún la encuentres aquí. Pasa por los vestuarios.

Phil McCowen fue bordeando la pista de baile. Se introdujo por una puerta semioculta por unos cortinajes.

Al final del largo y estrecho corredor descubrió a Cynthia.

Cuando ya se disponía a utilizar la salida posterior de The Globe.

—¡Eh, Cynthia!

—Ya no te esperaba, Phil. Habíamos quedado en vernos antes de mi primer número.

—Se me pasó el tiempo con Alec y Geoffrey.

Una sonrisa asomó al atractivo rostro de Cynthia. Se ciñó el cinturón de la gabardina.

—Comprendo. Ultimando los pequeños detalles, ¿no es cierto?

—Sí..., eso es.

—¿Ocurre algo, Phil?

McCowen rodeó con su brazo derecho los hombros de la muchacha. Con la zurda deslizó el pasador de la puerta trasera.

—Te acompaño a casa, Cynthia. Curtis dice que no te encuentras bien.

Abandonaron el club.

Cynthia rió en cantarina carcajada.

—Jamás me encontré mejor. ¿Ya no recuerdas lo acordado? Mañana quiero estar en forma. Por eso he suspendido mi actuación de medianoche. El levantarme a las ocho será todo un madrugar para mí.

—Tal vez no sea necesario. Estoy tentado de suspender el trabajo, Cynthia.

—¿Por qué, Phil? Lo hemos planeado bien. Sin riesgos. Alec, el abuelo y yo conocemos bien nuestro cometido y...

—De ti no dudo, Cynthia.

—El abuelo es fuerte, Phil. No nos fallará. Es lógico que esté nervioso, pero llegado el momento cumplirá como el mejor.

—¿Nervioso? Aburrido más bien. En cuanto a Alec... ¡comiendo como un cerdo y manchando el plano de Chicago con mostaza! No se toman en serio el asunto, Cynthia. Lo consideran cosa hecha. Un juego de niños.

—Puede que sea mejor así.

—Cynthia..., quiero confesarte algo. El nervioso soy yo.

—Es tu primer trabajo, Phil. Tú lo has planeado, tú lo has

sugerido... y si algo sale mal será tuya la culpa.

—Mi primer trabajo...

La muchacha sonrió abrazándose a McCowen.

Sin dejar de caminar.

—¿Sabes qué te ocurre? Estás arrepentido y quieres retroceder.

—¡No!

—Sí, Phil. Tú eres un buen chico. Lo tuyo es trabajar honradamente y no robar furgonetas. Serías incapaz de robarle el monedero a una vieja.

Habían llegado al 771 de Young Street.

En la cuarta planta tenía Cynthia su vivienda. Un apartamento pequeño, pero bien amueblado y acogedor. Y con un buen surtido carro bar en el salón.

La muchacha se despojó de la gabardina.

Descubriendo el vestido. Un modelito en exclusiva. Algo que sólo *podía* favorecer a un cuerpo como el de Cynthia. Un vestido con delantero en gasa transparente. Los senos, aunque sombreados por una tenue tela, podían ser admirados. Sin sujetador. Libres. Erguidos. Con redondeado pezón centrado sobre la oscura aureola.

—¿Has cenado, Phil?

—¿Qué? Ah, sí... —mintió McCowen, aproximándose al carro bar

—. ¿Te sirvo algo?

—Un Calliope, mientras me quito el vestido.

La muchacha encaminó sus pasos hacia el dormitorio. Cuando retornó al salón a los pocos minutos lucía una larga bata de batista anudada a la cintura.

Phil McCowen se había dejado caer en el sofá que adornaba la estancia. Con un vaso de whisky en su diestra. Sobre la cercana mesa el combinado solicitado por Cynthia. Un Calliope. Zumo de naranja, vodka, marrasquino y unos golpes de frambuesa.

La joven se acomodó junto a McCowen.

Bebió un pequeño sorbo de Calliope.

Apenas humedecer los labios.

Luego, tras posar su vaso sobre la mesa y colocar igualmente el de McCowen, extendió los brazos. Envolviendo el cuello de McCowen. Entreabrió sus gordezuelos labios todavía húmedos.

Y McCowen los besó.

Largamente.

—¿Ya más tranquilo, Phil?

—Ahora eres tú la que empieza a ponerme nervioso —sonrió McCowen, introduciendo su diestra por la abertura de la bata—. Siempre me...

Cynthia le rechazó.

Con alegre risa.

—No, Phil. Tenemos que hablar del trabajo de mañana. ¿Qué decides?

—Seguiremos el plan trazado.

—¿Estás seguro, Phil? ¿Es eso lo que quieres?

Se miraron a los ojos.

Phil McCowen terminó por forzar una sonrisa.

—A ti no te puedo engañar, Cynthia. Me conoces demasiado bien. Tienes razón. Sería incapaz de robar a una vieja. Lo mío es trabajar como un desgraciado. Es lo que he hecho desde los nueve años de edad. Al igual que Alec..., al igual que tú. He llegado a ganar bastante dinero. Alec y yo. Dos camioneros incansables. Y con el producto de nuestros ahorros montamos la gasolinera de Cotten Creek.

—Asistí a la inauguración.

—Lo sé, Cynthia. También celebramos el embargo, ¿recuerdas?

—Ese bastardo de Norman Gordon os engañó. Abusó de vuestra buena fe. Os hizo firmar unas deudas que ya...

—De nada sirve lamentarse, Cynthia. Estoy arruinado. Ciertamente nos engañó, pero eso poco importa. Es difícil levantar cabeza cuando no se tiene un centavo. Cuando se inauguró la gasolinera, cuando todo nos funcionaba bien, teníamos amigos a patadas. Todos dispuestos a ayudar. Ahora nos niegan el saludo.

—No todos, Phil.

McCowen sonrió acariciando la mejilla de la muchacha.

—Ciertamente, pequeña. No todos. Tú has sido la excepción. Sólo tú nos has dejado dinero a fondo perdido, pero esta situación era insostenible. Alec sin encontrar trabajo, yo tampoco... Sólo Geoffrey, paradojas de la vida, logró ganar algunos dólares paseando perros por el Slate Park. Y hasta eso se terminó. De ahí que me decidiera por el robo a la furgoneta de la Clover Company. Sí, Cynthia. Mi primer trabajo... y el último. No robaré el monedero a una vieja, pero sí a los recaudadores de las máquinas tragaperras de la Clover Company. Y no sentiré remordimiento alguno.

—Te conformas con muy poco, Phil. Yo soy más ambiciosa. Quiero salir de Shawn Hill. Llevo en esta cloaca veinticuatro años. Desde que nací. Ya es demasiado. Por eso, cuando me informaste de tu idea, me ofrecí a participar.

—Con tu colaboración todo será mucho más fácil —sonrió McCowen—. Cavilaba en la forma de hacer salir de la cabina al ayudante del conductor, pero contigo resultará sencillo. Tú no dudarás, ¿verdad?

Los carnosos labios de Cynthia también sonrieron.

—¿Por qué iba a dudar? Es algo que hago todas las noches en The Globe. Sólo lamento la reducida cantidad de botín. Tu cálculo es de unos cinco mil dólares. Tocaremos a poco más de mil dólares por cabeza. Una miseria, Phil.

—La furgoneta apenas habrá iniciado la recaudación. He seguido su recorrido durante esta semana. En Moon Street lleva recaudadas las máquinas tragaperras de cinco o seis locales.

—¿Por qué no esperar un poco más? A mitad de su recorrido la recaudación será lógicamente mayor. Hay un promedio de dos o tres máquinas por local. Sumarán más de los...

—No, Cynthia. Será en Moon Street, cuando enfile por Kemp Road. Es el único lugar del recorrido donde no existe riesgo alguno. Una calle solitaria. Sin comercios. Todo almacenes en derribo o cerrados al público. Poco vecindario. Kemp Road es un tramo muy corto, pero suficiente para actuar. También, al llevar poca recaudación, no sospecharán nada.

—Cinco mil cochinos dólares.

—¡Oh, no!

Phil McCowen sonrió divertido por el mohín de la muchacha

—Monedas de dólar, medio, veinticinco centavos... Las máquinas tragaperras no funcionan con billetes. Los recaudadores vacían las máquinas en sacas que precintan en cada local. Yo lo he visto. Son dos individuos los de la furgoneta. Uno queda en el vehículo mientras que su compañero entra en los establecimientos. Ninguno lleva armas visibles, aunque tal vez tengan en la furgoneta. No les daré tiempo a empuñarlas.

—Cinco mil monedas... ¡Dios mío!

—Tranquila. Alec será quien cargue con las sacas. Es un tipo fuerte.

—¿Por qué no planear algo grande, Phil? No menos de los cincuenta mil dólares. Yo necesito diez mil. Sí, Phil. Con diez mil dólares me conformaría. Me largaría a San Francisco y allí...

McCowen interrumpió a la muchacha besándola en los labios.

La fue reclinando lentamente en el sofá. Sin dejar de besarla. En la boca, en la mejilla, el cuello...

Abrió la bata de Cynthia.

Phil McCowen hundió su rostro entre los pechos femeninos. Tibios y palpitantes. Procedió a acosar con rápidos besos las turgentes colinas hasta alcanzar el erecto pezón.

Cynthia se estremeció acusando las caricias.

Y correspondió a ellas.

Ambos se olvidaron de los cinco mil dólares en moneda fraccionaria.

CAPITULO II

El gran día había amanecido gris.

Presagiando tormenta.

—Un gato negro...

—¡Maldita sea, Geoffrey! ¿Quieres cerrar la boca?

Harris rió cascadamente.

—También tú nervioso, ¿eh, Alec? Sólo he comentado que pasaba un gato negro. Cynthia y yo somos los únicos tranquilos. Y añadiré algo más. Estoy a favor de Cynthia. Esto que vamos a hacer es ridículo. Arriesgar años en la cárcel por cinco mil cochinos dólares. ¡Qué menos de los cien mil!

Phil McCowen, en el asiento trasero del Buick, se inclinó hacia adelante.

—Escucha, abuelo. Escucha con atención pues no voy a repetirlo. Nosotros necesitamos tres o cuatro mil dólares para salir a flote. Nadie arriesgará el pellejo. ¿Por qué? Muy sencillo. Vamos a robar cinco mil cochinos dólares de una vulgar furgoneta. No se trata de un vehículo blindado de un Banco federal ni de enfrentarnos a una legión de vigilantes armados. Por eso no ocurrirá nada. Distinto sería de dirigirnos a un botín de cien mil dólares.

—Está bien... —refunfuñó el anciano—. Me conformaré con esa miseria.

—¿Qué hora tienes, Alec?

—Son las... ¡Infiernos! Olvidé el reloj encima del lavabo.

—¡Maldita sea tu estampa!

—No te enfades, Phil —protestó Armstrong, girando hacia su compañero—. La culpa fue tuya. Estaba terminando de afeitarme y llegaste tú con las prisas.

—Tú eres el único que tenía reloj, Alec. Yo empecé el mío al buitre de Logan.

—Podemos preguntar la hora al primero que pase.

—Magnífica idea, abuelo —dijo McCowen, con marcada ironía—. Oiga..., esperamos el paso de una furgoneta para robarla y no sabemos la hora. ¿Podría indicarnos...? ¡Y luego el fulano facilitando nuestra descripción a la policía! ¿Por qué crees que vamos a utilizar medias de seda para ocultarnos el rostro? No quiero que ninguno de nosotros corra riesgo alguno. Los de la furgoneta no podrán facilitar el menor dato de nosotros. Incluso Cynthia utilizará peluca rubia y lentillas. No quiero que...

—Ahí llega Cynthia —dijo Armstrong—, Debe ser ella, ¿no?

Phil McCowen entornó los ojos.

Fijos en el Ford que descendía por Moon Street. Un viejo y

renqueante modelo Pinto de descolorida, pintura.

—Sí..., es ella. El coche es inconfundible. Ha sido un milagro que llegara en él.

—Hice una buena compra —sonrió Alec Armstrong—. Ya estaba para el desguace y conseguí ponerlo en funcionamiento. Sabes que soy un buen mecánico.

—Maldita sea...

—¿Qué ocurre, Phil?

—Mirad a Cynthia... Sale ahora del auto. Sin los guantes. Le advertí que no dejara huellas. No quiero dejar ninguna pista a la policía.

Geoffrey Harris ahogó un bostezo.

—¿Sabes una cosa, hijo? Dudo que la policía se moleste en investigar el robo de cinco mil dólares en calderilla.

—Lárgate, abuelo —ordenó McCowen—. Ya debe ser la hora. Ponte los guantes y al aparecer la furgoneta no olvides taparte con la media de seda. Toma la pistoa.

Harris atrapó la Luger de imitación.

Hizo una mueca.

—Hubiera preferido mi...

—¡Lárgate!

—Ya me voy..., ya me voy...

El anciano descendió del Buick.

Lucía un largo guardapolvo color gris. En cortas pero rápidas zancadas llegó hasta el Ford Pinto acomodándose en su interior.

Cynthia ya estaba en la esquina.

En el cruce de Moon Street con Kemp Road.

Bajo el desteñido toldo de un comercio en quiebra.

En Moon Street el tráfico era escaso. Prácticamente nulo. Con muy pocos establecimientos abiertos al público. Y en el corto tramo de Kemp Road la inactividad era total.

Aquél sería el lugar del asalto.

Kemp Road.

Phil McCowen había pasado al asiento delantero. Con la mirada fija en el asiento retrovisor. Encendió un cigarrillo.

—Parece que se retrasa, ¿verdad, Phil?

—¿Qué infiernos sabes tú! ¿Acaso tienes reloj?

—Yo sólo...

—¡Ahí está! —interrumpió McCowen—. ¡La señal, Alec! ¡Haz la señal a Cynthia!

Una furgoneta color azul oscuro apareció al fondo de Moon Street. Circulando a corta velocidad. Pasó ante el estacionado Pinto e instantes después dejó también atrás el Buick. Dobló hacia Kemp Road.

Apenas recorridas unas veinte yardas frenó con estridente chirriar.

Una mujer había surgido en el centro de la calzada.

Caminaba como si flotara en el aire. Moviendo los brazos. Como si quisiera emprender el vuelo.

La furgoneta hizo sonar su potente bocina.

La mujer giró hacia el vehículo. Con un gran abaniquero de su larga melena rubia. Tenía los ojos azules. Muy azules. Y una amplia sonrisa en sus gordezuelos labios.

—¡Hola, amigos! ¡Os amo! ¡Amo a todo el mundo! ¡El mundo es maravilloso y multicolor!

El conductor de la furgoneta arrugó la nariz.

—Maldita loca...

—Está drogada, Lorne —afirmó su compañero—. ¿Acaso no te es familiar esa euforia?

El llamado Lorne se encogió de hombros.

Accionó nuevamente el contacto.

—Loca o drogada poco importa. Si no se aparta pasará por encima de su...

El individuo se interrumpió.

Cynthia había iniciado una extraña danza en mitad de la calzada.

La comenzó desabotonando los cierres delanteros del vestido.

Cada botón era acompañado de un aletear de manos.

—¡Os amo! ¡Os amo! ¡El mundo es amor!

El vestido cayó sobre el asfalto.

—¡Por todos los...! —exclamó Lorne—, ¿Has visto eso, Herbert?

Herbert no respondió.

Tras bizquear centró su vidriosa mirada en Cynthia.

El cuerpo femenino, joven y bien formado, protegido por dos únicas prendas. Dos piezas minúsculas, el sujetador y el slip. Negros. Tela calada con dibujos.

Cynthia llevó sus manos a la espalda para manipular en el cierre del sujetador. Acentuando el levantar de sus erguidos senos.

Pronto quedaron libres. Con un leve bambolear para seguidamente quedar erectos y firmes. Pletóricos. Desafiantes.

Aquel mismo número despertaba rugidos de entusiasmo en la clientela masculina de The Globe.

—¡Os amo! ¡Os amo!

—Voy a...

—Quieto, Herbert —dijo Lorne, secamente—. Ya conoces las órdenes. No tenemos que abrir la furgoneta bajo ningún concepto. Sólo en los lugares señalados. No es prudente abrir la portezuela. Herbert se pasó instintivamente la punta de la lengua por los labios.

Su lasciva mirada continuó fija en el cuerpo de Cynthia. Esta continuaba dando pequeños saltos, agitando los brazos, enarbolando el sujetador como bandera...

—Está pidiendo amor, Lorne. ¿Por qué no la subimos a la cabina? Nos turnaremos. La próxima parada es el local de Daniels, ¿no? Tú entrarás primero. Luego...

—No, Herbert. Voy a pasar por encima de ella.

—También eso puede resultar peligroso. Denunciar el atropello y...

—Aquí no hay nadie. Kemp Road es un desierto.

—Puede pasar alguien, ver el cadáver, llamar a la policía y buscar un vehículo con señales de haber atropellado a alguien.

—¡Está bien, maldita sea! Apártala de ahí a puntapiés, pero no se te ocurra subirla a la furgoneta. No quiero complicaciones.

Herbert quitó el cierre de seguridad acoplado a la portezuela.

Descendió del vehículo.

Avanzó hacia Cynthia.

—¡Eh, tú! ¡Cabra loca!

Cynthia se inclinó para coger el vestido. Y profirió un fuerte grito para seguidamente echar a correr.

Herbert se detuvo perplejo por aquella inesperada reacción de la muchacha. Sin comprender la súbita huida y el grito. Al girar sobre sus talones encontró respuesta a todo.

Un Buick se había detenido pegado a la furgoneta.

Dos individuos protegidos por guardapolvos y ocultando su rostro por medias de seda ya estaban junto a la abierta portezuela de la furgoneta. Ambos portaban una Luger en su enguantada diestra.

Herbert no tuvo tiempo de advertir a su compañero.

Todo había sido demasiado rápido.

Phil McCowen le estaba encañonando.

—¡Tú! ¡Ven aquí! ¡Rápido!

Herbert obedeció.

McCowen no tuvo necesidad de cachearle los bolsillos. Sabía donde guardaba la llave. Había visto en los días de vigilancia que siempre la introducía en el bolsillo trasero del pantalón.

Y allí estaba.

—Toma, hermano —dijo McCowen, tendiendo la llave a Alec Armstrong—, Ya sabes lo que tienes que hacer.

Alec Armstrong retrocedió dejando de encañonar al pálido Lorne. Avanzó hacia la parte posterior de la furgoneta abriendo la metálica puerta de carga.

Fue entonces cuando apareció el Ford Pinto.

Con estridente ruido de motor.

Phil McCowen no giró la cabeza.

Lorne y Herbert sí iniciaron un instintivo movimiento cortado de inmediato por la seca y amenazadora voz de McCowen.

—¡Quietos! El que llega no puede ayudarlos. Tú... ¡las manos sobre el volante! Al menor movimiento sospechoso os vuelo la cabeza.

Llegó Geoffrey Harris.

También con la cabeza enfundada en la media de seda y una Luger en su enguantada mano derecha.

—¿Todo preparado? —inquirió McCowen, sin dejar de encañonar a los dos individuos.

—Sí, Phil —respondió el anciano.

McCowen le maldijo mentalmente.

Medias de seda, guantes, ninguna huella... ¡y el abuelo pronunciando tranquilamente su nombre!

Sonó la bocina del Buick.

Eso significaba que Alec Armstrong ya había introducido el saco en el portamaletas.

—¡Abajo! —ordenó McCowen al individuo del volante—. ¡Caminad los dos hacia el Ford! ¡Rápido!

Lorne y Herbert obedecieron presurosos. Geoffrey Harris mantenía abierta una de las portezuelas del Ford Pinto.

—Cambio de vehículo, amigos —dijo McCowen, empujando a los dos individuos—, ¡Adentro!

—No..., no dispaes... —murmuró Lorne, despegando los labios por primera vez.

—No voy a disparar, aunque el Ford puede ser vuestra tumba. Al cerrar la portezuela entrará en funcionamiento en mecanismo de explosión. Está conectado a las portezuelas. Si alguien intenta salir el auto saltará por los aires.

—Pero...

McCowen cerró la portezuela.

Los ventanales del Ford subidos.

Geoffrey Harris y Phil McCowen corrieron hacia el Buick.

Alec Armstrong ya les esperaba con el motor en marcha.

Emprendieron veloz salida pasando como una exhalación ante el Ford Pinto y sorteando la furgoneta. Armstrong era un as del volante.

Geoffrey Harris rió pegado al cristal posterior del Buick.

—¡Allí siguen! No se atreven a abrir la portezuela. Parece que uno de ellos intenta ahora salir por la ventanilla.

Alec Armstrong giró hábilmente el volante.

Kemp Road quedó atrás.

Aminoró la marcha del vehículo hasta detenerse frente a una cabina telefónica. De su interior salió Cynthia.

Sonriente.

—¡Qué rapidez, muchachos! Casi no he terminado de abotonarme por completo el vestido.

Phil McCowen había descendido para quitar la cinta adhesiva que ocultaba la placa de la matrícula.

—Adentro, Cynthia.

Se acomodaron en el asiento trasero.

—Eres algo único, hija —asintió Harris, moviendo repetidamente la cabeza—. Un *strip-tease* digno de ser filmado.

Todos rieron a carcajadas.

—Más despacio, Alec —aconsejó McCowen—, Aun suponiendo que hayan logrado salir por las ventanillas y estén en la furgoneta, ya han perdido nuestro rastro. Enfila por Lee Street. Bajaremos por la Douglas Avenue. En pleno tráfico.

—Poco importa que nos pongan una multa —bromeó Geoffrey Harris—, Ahora podemos pagarla. ¡En calderilla!

Volvieron a unir sus risas.

—¿Pesaba mucho el saco, Alec?

—En absoluto, Phil. Y me sorprendió no escuchar el tintineo de las monedas.

—Van en pequeñas sacas precintadas. Paquetes tan compactos que evitan el sonido de las monedas.

Poco más tarde el Buick se adentraba en la zona de Shawn Hill.

Alec Armstrong detuvo el vehículo frente al 771 de Young Street.

—El reparto nos llevará tiempo —sonrió Cynthia—. ¡Contar cinco mil dólares en monedas! He preparado un succulento almuerzo y bebidas. Incluso tengo una botella de champán en el frigorífico.

Geoffrey Harris fue el primero en salir del Buick.

Y casi tropezó con un gato negro.

—¡Infiernos...!

—Tranquilo, abuelo —rió McCowen, palmeando la espalda del anciano—. Este gato negro ya no puede traernos mala suerte. Dame la llave del guardamaletas, Alec.

Armstrong bordeó el auto.

Tendió un juego de llaves a McCowen.

Phil McCowen abrió el portaequipajes.

La sonrisa dibujada en su rostro se fue borrando paulatinamente. Parpadeó contemplando el saco color amarillento.

—Alec...

—¿Si, Phil?

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? Darte las llaves de...

—¡Idiota! ¡Esta no es la bolsa de la recaudación! —gritó McCowen, atrapándole por las solapas—, ¡El saco de la

recaudación es más grande, con anillas y de color azul oscuro!
¡Tenía que estar allí!

—Sí..., lo vi... al fondo de la furgoneta —tartamudeó Armstrong—. Esta estaba más cerca... Yo...

Phil McCowen sopesó el saco.

Palpándolo.

—Oh, no... Deben ser los folletos..., los folletos que reparten en los locales que todavía carecen de máquinas tragaperras..., folletos de propaganda...

—Vamos al apartamento —intervino Cynthia—. No podemos discutir en mitad de la calle.

—Coge el saco, Alec —silabeó McCowen, apretando las mandíbulas—. Te vas a comer los folletos uno a uno.

—Yo..., yo no tengo hambre...

Subieron al apartamento de Cynthia.

Penetraron en silencio.

Alec Armstrong depositó la saca sobre la mesa del salón.

—Adelante, Alec —indicó McCowen—. Puedes abrirla. No tiene anillas ni cierre. Te será fácil. Una cuerda y un simple nudo.

En efecto.

La boca del saco sólo cerrada por una cuerda anudada.

Alec Armstrong procedió a quitar el nudo.

Con lentitud.

—¡Vacíala ya, maldita sea! ¡Quiero que...!

Phil McCowen enmudeció quedando con la boca entreabierta.

Armstrong había volcado precipitadamente la bolsa.

Y comenzaron a llover fajos de billetes. Gruesos fajos de billetes.

Todos ellos billetes de mil dólares.

Hasta desbordar la mesa.

Más de un millón.

Millones y millones de dólares.

CAPÍTULO III

La muchacha sangraba abundantemente por la nariz, boca y cejas. Tenía los ojos amoratados y los pómulos hinchados.

Angelo Benussi chasqué la lengua.

Su rostro simuló una mueca de horror.

—¡Oh, no! ¡Cómo te han dejado, Karen! ¿Te has mirado en un espejo? Es horrible... ¡Horrible! ¡Eh, Ricky!

—¿Sí, jefe?

—Un espejo, por favor.

Ricky Farrow tenía aspecto de catcher sonado... Lo que le sobraba en musculatura le hacía falta en el cerebro.

Parpadeó perplejo por la petición.

—¿Un espejo? Aquí no has espejos, jefe. Yo no...

—¡Búscalo, estúpido!

Ricky Farrow abandonó precipitadamente la estancia.

La mujer estaba sentada sobre un destartado camastro. La sangre que manaba de su rostro goteaba en el suelo. Alzó sus tumefactos ojos posándolos con dificultad en Angelo Benussi.

—Angelo...

—Dime, pequeña. Estamos solos.

Karen Scott también tenía dificultad para hablar. Tenía los labios reventados y hemorragias bucales.

—No te he traicionado, Angelo... Sería incapaz de hacerlo...

Benussi rió.

Como una hiena.

Aunque las hienas tenían mejores sentimientos que Angelo Benussi.

—Lo sé, Karen, lo sé... Tú ignorabas que el tal Mike Roddam era agente del FBI. Hablaste con él, te engatusó, te tiró de la lengua... y tú, inconscientemente, hablaste demasiado. Sólo quiero que me digas el tema de la conversación. ¿De qué le hablaste, Karen? Tú conoces algunos de los secretos de la organización. De cuando eras mi chica, ¿recuerdas? Fue una buena época aquella. Tú eras algo más joven. Aún sigues siendo joven, Karen ¿Qué edad tienes?

—Ve..., veinte años...

—¿Veinte años? ¡Una ragazza! Te queda mucha vida por delante. Sí..., recuerdo cuando tu padre te presentó a mí. Me gustaste, Karen. Y te hice mi chica. En aquel entonces tenías dieciséis años. Al poco tiempo te desbancó Sharon, pero fue una buena temporada la que pasamos juntos, ¿verdad, nena? Muy buenos ratos, ¿recuerdas?

Karen vomitó.

Aparatosamente.

Aquello no gustó a Angelo Benussi. Podía ser mal interpretado. Puede que el recordar aquellos tiempos hicieran vomitar a la muchacha.

—Me..., me encuentro muy mal, Angelo...

—Sí, Karen. Lo comprendo. Ricky es un poco bestia, pero si hubieras empezado a hablar desde el principio te ahorrarías los golpes.

—Nada..., nada comenté con Mike Roddam de la organización...

—Era un agente del FBI. Y tú te entrevistaste con él en repetidas ocasiones. En su apartamento. Le facilitaste información, Karen. Sólo así se explica que el Federal Bureau of Investigation lograra desmantelar nuestra instalación de apuestas en Springfield.

—No...

—Sí, muñeca. ¿De qué más le hablaste?

Se abrió la puerta para dar paso a Ricky Farrow. Portaba en sus manos un pequeño espejo.

—Me lo ha dado una de las chicas, jefe.

Angelo Benussi tomó el espejo para seguidamente ofrecerlo a la muchacha.

—Mírate, Karen.

Karen contempló su rostro reflejado en el espejo. E instintivamente lo soltó. El espejo se rompió al caer.

—Una pena, ¿verdad, Karen? Tu bello rostro..., aunque eso tiene solución. Prohibí a Ricky que utilizara el ácido. Tu cuerpo también es seductor, nena. Lo recuerdo. Puede que ahora incluso más perfecto que hace cuatro años. ¿Me permites?

Benussi unió la acción a la palabra.

Con ambas manos abrió la blusa de Karen haciendo saltar los botones. Con la diestra tiró bruscamente del frágil sujetador.

Los pechos femeninos quedaron al descubierto.

Angelo Benussi sonrió.

Con un siniestro brillo en los ojos.

Benussi frisaba en los cuarenta años de edad. Desde la muerte de su padre, el gran Renzo Benussi, controlaba el Sindicato del Crimen y el vicio organizado. No sólo en Chicago. Sus tentáculos abarcaban todo el estado de Illinois.

—Lo dicho, Karen. Aún más seductora —Benussi se inclinó para coger uno de los trozos del espejo—. Sería muy triste mutilar tan perfecto cuerpo.

—No... ¡No!

Karen trató de incorporarse del camastro.

Angelo Benussi cortó el intento empujándola violentamente hacia atrás. Acostándola. La inmovilizó colocando la rodilla sobre el

vientre femenino.

—¡Sujétale los brazos, Ricky!

—¡No! ¡Piedad, Angelo! ¡No lo hagas!

Benussi rió con sádico placer al rasgar con el espejo el seno izquierdo de la muchacha.

—¡Confiesa, Karen! ¡Confiesa o convertiré tu cuerpo en una masa sanguinolenta!

Benussi volvió a hundir el cristal en la turgente carne.

La joven gritó en desgarrador alarido.

—¡No, Angelo! ¡No sigas! Yo..., yo... sólo le hablé de las instalaciones de apuestas clandestinas... el emplazamiento en Springfield.

—¿Nada más? ¡No me mientas, furcia!

—¡Te lo juro, Angelo! Mike Roddam quería conseguir pruebas..., pruebas de las actividades clandestinas de tus negocios..., las drogas, la prostitución organizada, los sobornos, robos, asesinatos a sueldo... todas las actividades de la organización; pero yo no podía proporcionarle esas pruebas... Mike Roddam quería introducirse en el cuartel general... en la casa de Green Boulevard... yo debía facilitarle la entrada...

—Pobre iluso.

—¡Perdóname, Angelo! Engañaremos a Mike Roddam. Podemos prepararle una trampa. Seguiré tus órdenes y...

—Mike Roddam ya no me preocupa, nena —Benussi se separó de la muchacha—. Está muerto.

Tras la máscara de sangre se adivinó la palidez de Karen.

Y el incremento de terror reflejado en sus pupilas.

—Muerto...

—Sí, Karen. Jamás el FBI encontrará el cadáver de su agente. Ya conoces mis métodos.

—Angelo..., perdóname...

Benussi sonrió.

—Me conoces, muñeca. ¿Por qué me pides eso? No perdono a los traidores. Debo mantener la disciplina en la organización.

—Puedes castigarme... duramente... Lo aceptaré, pero no me..., no.... no quiero morir.

—El castigo tiene que ser acorde con el delito cometido —filosófó Benussi—. ¿Recuerdas a Margaret? Fue castigada a uno de los burdeles de Barrio Nelson. ¿Te gustaría ir allí?

Karen se estremeció.

Comenzó a temblar convulsa.

Barrio Nelson era una de las zonas más miserables de Chicago. Habitada en un noventa por ciento por negros. Aquella miseria era también explotada por la organización de Benussi.

Margaret.,.

Sí.

Karen la recordaba. Una muchacha alegre y atractiva. Tres meses. Tres meses en uno de los burdeles de Barrio Nelson fueron suficientes para convertir a Margaret en un despojo humano; pero aun aquello era preferible a la muerte.

—Lo que tú digas, Angelo... Haré lo que tú quieras...

—Okay, Karen. Ahora descansa.

—Gracias, Angelo... Gracias...

Benussi se encaminó hacia la puerta.

Seguido del corpulento Farrow.

Abandonaron la estancia.

—Cierra con llave, Ricky. Y avisa a Peter. Llevad a Karen a los trituradores de basura.

Ricky Farrow bizqueó.

—Creí... creí que la había perdonado, jefe.

—Yo jamás perdono, idiota. Y menos a los traidores.

Angelo Benussi subió la escalera que separaba los sótanos de la planta baja. Se encontraba en el Fortune. Uno de los *night-clubs* de su propiedad. Uno de los mejores de Chicago.

Acudió a su despacho privado.

Allí estaba Raymond Daltrey. El brazo derecho de Benussi. Su lugarteniente en el poderoso Sindicato del Crimen. Un individuo joven. Astuto e inteligente. Un magnífico abogado que había puesto su talento al servicio del crimen.

—Te has retrasado, Angelo —comentó Daltrey, apartando la mirada de unos papeles—. Me citaste a las diez.

Benussi sonrió acomodándose tras la artística mesa escritorio. En un confortable sillón giratorio.

—Te equivocas, Raymond. Llegué a Fortune a las nueve. Tenía un pequeño trabajo que hacer.

—¿Un trabajo?

—Karen Scott. He colaborado con Ricky para hacerla confesar.

En las correctas facciones de Raymond Daltrey se dibujó una mueca de estupor. Dirigió una penetrante mirada a Benussi.

—No te comprendo... Mike Roddam confesó antes de morir. Los muchachos le torturaron a conciencia. Karen sólo le mencionó lo de las instalaciones clandestinas de apuestas en Springfield. Karen no podía decirle gran cosa. Todas las pruebas, datos, documentos, archivos están en lugar seguro.

Benussi sonrió.

—Lo sé, pero disfruté haciendo confesar a Karen.

—En ocasiones te comportas como un chiquillo, Angelo. Y algún día puedes sufrir las consecuencias. Al descubrir la traición de

Karen lo mejor hubiera sido liquidarla de inmediato.

—Siempre hay tiempo para morir.

Raymond Daltrey se encogió de hombros.

Depositó unos papeles sobre la mesa.

—Aquí tengo los lugares de distribución de la remesa.

Empezaremos por Texas y luego...

Bruscamente se abrió la puerta del despacho.

Apareció un individuo.

Muy excitado.

—¡Eh, jefe! ¡Herbert y Lorne están aquí!

Angelo Benussi respingó en el asiento. Dirigió una rápida e instintiva mirada al valioso reloj Luis XV que reposaba sobre unos de los muebles del despacho.

—¿Qué diablos hacen...?

Herbert Williams y Lorne Murray penetraron en la estancia.

Eran como dos cadáveres vivientes.

Ambos pálidos y sin atreverse a posar sus ojos en Benussi. Ni tan siquiera despegaban los labios.

—¿Qué hacéis aquí? —interrogó Raymond Daltrey—. Según el plan trazado a estas horas vuestro destino era...

—Nos..., nos han robado —musitó Lorne Murray, con voz apenas audible—. Han asaltado la furgoneta,

Benussi brincó como impulsado por un resorte.

Bordeó la mesa con rapidez para abalanzarse sobre Murray.

—¡La mercancía! ¿Dónde está el saco con los diez millones? ¡Responde, condenado!

—No hagas preguntas idiotas, Angelo —dijo Daltrey, con pasmosa tranquilidad—. Si han asaltado la furgoneta no habrá sido para robar la calderilla de las máquinas. ¿Dónde fue, muchachos?

Respondió Herbert Williams.

Su compañero Murray tenía dificultades.

Angelo Benussi continuaba apretándole el cuello.

—En..., en Moon Street. Al adentrarnos en Kemp Road.

—Un buen lugar. Apacible y solitario.

—¡Maldita sea! —vociferó Benussi, incrementando su furia—, ¿No te das cuenta, Raymond? ¡Nos han robado la remesa! ¡Diez millones de dólares!

—Los recuperaremos, Angelo; pero gritando no se soluciona nada. Ese envió de diez millones, pese a todas las precauciones tomadas, ha desaparecido. Se llevó todo con la máxima discreción. Muy pocos de la organización conocían el envío de tan importante remesa. Se utilizó una vulgar furgoneta de la Busey Company para despistar, pero no hay duda que alguien se fue de la lengua.

—¡Las cortaré! ¡Cortaré todas las lenguas de...!

—Tranquilo, Angelo. ¿Cómo ocurrió, muchachos? —inquirió Daltrey, con una fría sonrisa que no presagiaba nada bueno—. Contadlo con todo detalle. Sin ocultar nada.

Murray y Williams se fueron turnando en el hablar.

Temiendo de un momento a otro la violenta reacción de Benussi.

—...y eso es todo. Cuando logramos salir por las ventanillas y subir a la furgoneta ya no encontramos rastro del Buick.

Angelo Benussi estaba con la boca abierta.

Sacudió la cabeza.

—Raymond..., ¿has oído lo mismo que yo?

Daltrey colocó un emboquillado entre los labios.

Lo encendió parsimonioso.

—Sí, Angelo. También yo estoy sorprendido.

—¿Sorprendido? ¡Par de idiotas! ¡Os arrancaré la piel a tiras! ¡Un *strip-tease* en mitad de la calzada y no se os ocurre sospechar nada! ¡Y la bomba en el auto! ¡Ese es un truco ridículo!

—No pongas más nervioso a los muchachos, Angelo —recomendó Daltrey, exhalando bocanada de azulado humo—. En cuanto al método utilizado en el robo, debo reconocer que no es ridículo. Muy bien planeado. Muy original. Yo tampoco me hubiera atrevido a abrir la portezuela del Ford. Y en cuanto a la chica haciendo *strip-tease*... Sí, Angelo. Un buen plan. Un trabajo de profesionales. No hay duda. Auténticos profesionales.

—¿Quién pudo ser, Raymond? ¿Quién puede atreverse a desafiar a Angelo?

Lorne Murray carraspeó.

Daltrey le dirigió una mirada.

—¿Quieres decir algo, Lorne?

—Bueno..., uno de ellos llamó a otro Phil.

—Es cierto —corroboró Williams.

—Eso sí es un truco vulgar —dijo Daltrey, con suficiencia—. Un truco para despistar. Simular que se escapa involuntariamente el nombre de uno de los compañeros. Nosotros mismos lo hemos utilizado para involucrar a otros o para desorientar a la policía. Tres hombres, con guardapolvos, rostro oculto, manos enguantadas, matrícula oculta... Tres profesionales.

—Uno..., uno de ellos...

—Adelante, Herbert. Sigue.

Williams tragó saliva.

Consciente del efecto que iban a causar sus palabras.

—Bueno..., yo..., yo juraría que era un anciano.

—¿Un qué? —bizqueó Benussi.

—Un viejo... Sus movimientos..., su voz era...

—¡Un viejo! ¡Un abuelo atacando una furgoneta de Angelo

Benussi! ¡Te voy a machacar la cabeza, Herbert! Así puede que se aclaren tus ideas.

Daltrey se interpuso.

Hizo una seña a los dos hombres para que se retiraran.

Benussi y su lugarteniente quedaron nuevamente solos en el despacho.

—Tranquilo, Angelo.

—¡Todo el trabajo de un mes! —exclamó Benussi, paseando de un lado a otro de la estancia—. Ya estaba todo preparado para el envío. Todas las rutas señalizadas, los enlaces, los contactos de distribución...

—Se recuperará la mercancía, Angelo.

—¿Cómo? ¿Qué pistas tenemos? ¡Ninguna! ¡Y ese estúpido afirmando que uno de los atracadores era un anciano!

—Están atemorizados, Angelo.

—Pueden estarlo —sentenció Benussi—. Lorne y Herbert serán ejecutados por su ineptitud.

—Me parece muy bien, pero espera el momento. Antes deben ayudarnos a identificar a los tres fulanos y la mujer. Y tenemos pistas, Angelo. Uno de los nuestros se fue de la lengua. Un botín muy especial, ¿no es cierto?

—Estás..., estás pensando en Jeremy Turpin.

—Correcto, Angelo. Jeremy Turpin. ¿Crees que se conforma con ese pequeño distrito del norte de Chicago? Allí le hemos arrinconado, pero Jeremy es peligroso como una serpiente de cascabel. Jeremy lo planeó. Sólo la organización de Jeremy Turpin puede distribuir esos diez millones de dólares. ¿Quién más iba a quererlos?

Benussi asintió.

Con una sonrisa.

—Sí..., es cierto. Sólo una organización con medios para distribuirlos. ¿Quién más iba a querer diez millones de dólares falsos?

CAPÍTULO IV

Geofrey Harris comenzó a brincar por el salón.

—¡La empapelaré! ¡Empapelaré mi habitación con billetes de mil dólares!

—¡Ya me has vuelto a equivocar otra vez! —protestó Armstrong, amontonando de nuevo los fajos de billetes—. ¿Quieres dejar de gritar?

El anciano continuó dando saltos.

En su diestra una botella de Johnnie Walker.

—¡Diez millones, Alec! ¡Diez millones de dólares! Cien fajos de billetes... Cien billetes de mil por fajo... ¡Diez millones de dólares!

—Sólo hemos contado una veintena de fajos.

—Son todos iguales, hijo. ¡Cien de los grandes por fajo!

—Voy a contar los billetes uno por uno.

Harris rió cascadamente.

—¡Te pasarás toda la tarde, muchacho!

Cynthia sonrió abandonando el salón.

Penetró en el dormitorio.

Allí estaba Phil McCowen. Fumando un cigarrillo. Junto al radio-cassette. Desconectó el aparato ante la aparición de la joven.

—¿Qué haces, Phil?

—Acabo de oír el boletín de noticias de las cuatro de la tarde. Ni una sola mención a lo nuestro.

—¿Y eso te preocupa?

—Mucho, Cynthia. No hemos robado la proyectada calderilla, sino diez millones de dólares. ¿Te das cuenta? ¡Diez millones! ¿Crees que semejante suceso puede pasar desapercibido?

—Eso se responde con una pregunta. ¿Qué hacían diez millones de dólares en una furgoneta de la Busey Company?

—¿Insinúas...?

—Sí, Phil. Juegos prohibidos, apuestas ilegales... Puede que cada cierto tiempo se hiciera esa recaudación clandestina. Y nosotros hemos acertado con el día. No pueden denunciar el robo de los diez millones, Phil. Deberían justificar de dónde proceden.

McCowen aplastó el cigarrillo sobre el cenicero depositado en la mesa de noche.

—Ya he pensado en esa misma hipótesis, Cynthia. La Busey Company no es una empresa importante de máquinas tragaperras. Sólo tiene licencia para la fabricación de máquinas denominadas recreativas o de competición. Su campo de acción es muy limitado. No se trata de una poderosa empresa fabricante de las *slot- machines* (1). La Busey Company es modesta.

(1) Máquina tragaperras de palanca o brazo con premios en metálico.

—Puede que sea modesta en la fabricación de máquinas tragaperras, pero no lo es en juego ilegal, apuestas clandestinas y demás.

—Eso significa que la Busey Company es una tapadera.

—Ahá.

—Ahí quería llegar, Cynthia. Una tapadera.... ¿de quién? ¿Qué se oculta tras la Busey Company? ¿Quién puede recaudar diez millones de dólares y no denunciar el robo de ese dinero? Creo que la respuesta es muy sencilla.

—¿La..., la Mafia?

—En Chicago la palabra exacta es Angelo Benussi. Es él quien controla el Sindicato del Crimen. Cuando Alec y yo trabajábamos como camioneros en la Sanders & Ramah, ésta pagaba religiosamente la correspondiente cuota de protección a la organización de Benussi. Todas las empresas e industrias importantes están sometidas a la... protección de Benussi.

—Es mucho suponer que esos diez millones de dólares sean de la organización Benussi. Y aunque así fuera... ¡tanto mejor! ¡Menos remordimientos! No le hemos quitado el pan a un muerto de hambre.

McCowen sonrió.

Alargó las manos atrapando la cintura femenina.

La atrajo contra sí reclinándose ambos en el lecho.

—Eres algo único, Cynthia —McCowen la besó en la boca—. Estaba preocupado, pero tenemos las espaldas bien guardadas. Tomé precauciones de cara a la policía. Fue una buena medida. Ni Benussi ni nadie podrá identificarnos. Un coche de desguace es la única pista de que disponen. Y sin huellas que...

—¿Qué ocurre, Phil?

—Tus huellas, Cynthia. Tú dejaste tus huellas en el Ford. No utilizaste los guantes, ¿verdad?

—Me olvidé.

—¿Estás fichada, Cynthia? ¿Estás fichada por la policía?

La muchacha hizo un mohín.

—¿A qué viene eso ahora, Phil? ¡La policía no nos busca! ¿Qué importa si estoy fichada o no?

—¿Lo estás?

Cynthia se incorporó.

Tomó la cajetilla de tabaco para encender un cigarrillo.

—Sí, lo estoy.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Angelo Benussi, mediante sobornos, puede tener acceso a los archivos de la policía. Cualquier funcionario sobornado cumpliría sus órdenes

y buscaría en los computers de huellas, en las termináis del National Crime Information Center que almacena huellas de todos los fichados. De todos los EE.UU. Desde el simple conductor alcohólico hasta... ¿Por qué te ficharon, Cynthia?

—Tranquilo, Phil. No fue por robo. Aun suponiendo que dejara mis huellas en el viejo Ford, no tengo antecedentes por ladrona de furgonetas. Ni tan siquiera he robado en unos grandes almacenes.

—¿Por qué te fichó la policía?

Cynthia succionó nerviosamente el cigarrillo.

Fijó su mirada en McCowen.

—Por prostitución. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—No te creo, Cynthia.

—¿De veras? ¿Con quién crees que estás hablando? ¿Con una colegiala de Boston?

—Tú jamás has ejercido como prostituta, Cynthia. ¿Qué ocurrió?

La joven volvió a succionar el cigarrillo.

Avidamente.

En sus carnosos labios se esbozó una amarga sonrisa.

—Tienes razón... Me falta estómago para determinadas cosas. Fue hace un año. Poco antes de encontrar trabajo en The Globe. Las pasé muy mal. El entierro de mi madre y todo lo demás, ya sabes... Su enfermedad fue larga y costosa. Tú y Alec os portasteis de maravilla sufragando parte de los gastos; pero no podía abusar de vuestra continua generosidad. Acepté asistir a ciertas reuniones de hombres de negocios. Partys de ejecutivos. Pagaban bien y sólo te comprometías a ser alegre y un poco cariñosa, sin llegar a más. Alguna de mis compañeras sí llegaban a más. También yo en ocasiones, aunque sin recibir nada a cambio. Simplemente porque me resultaba atractivo el acompañante de turno o en momentos de espantosa soledad.

—Oye, Cynthia... No tienes que darme explicaciones. Disculpa si...

—Ahora escucharás hasta el final —sonrió Cynthia—. Fue en uno de esos partys. Un grupo de importantes magnates celebraban no sé qué éxito. Estaba la alta sociedad de Chicago. Todo hombres... y un grupo de chicas contratadas. El senador Brawley se encaprichó de mí. Un individuo repulsivo y orgulloso. Le envié al infierno. Y ostentosamente sacó su billetera para arrojarme dos mil dólares. ¡Dos mil dólares, Phil! Los rechacé. En aquel entonces mi madre estaba internada y necesitada de cuidados; pero rechacé esos dos mil dólares. Esa misma noche, en el party, fui detenida por un oficial de policía asistente a la fiesta. Me acusó de ejercer la prostitución y atentar a la moral y buenas costumbres. Fui fichada y pasé la noche en los retenes de la comisaría. Esa es la

historia.

—Voy a decirte algo, Cynthia.

—¿Sí?

—Eres la chica más maravillosa que he conocido. ¿Quieres casarte conmigo?

Cynthia dejó escapar los cascabeles de su garganta en cantarina carcajada.

—Eso mismo me pidió Alec hace un par de meses.

—¿Alec? ¡El muy...!

—Fue rechazado, Phil. Al igual que rechazo ahora tu proposición. Ambos somos dos ovejas descarriadas. Nos ayudamos mutuamente, pero imposible convivir juntos. He compartido noches de amor y soledad contigo, con Alec... Era necesario. Todos necesitamos a alguien. Una voz amiga, un cuerpo a tu lado, una compañía en la terrible soledad...; pero el amor es otra cosa. Yo lo encontré, Phil. Y tu también. Mañana mismo, con la parte que me corresponde, marcharé a California. Mi sueño se convertirá en realidad.

—¿Qué piensas hacer, Cynthia?

La muchacha sonrió.

—Ya te lo he dicho. Hacer realidad mis sueños.

Phil McCowen correspondió a la dulce sonrisa femenina.

—Te deseo suerte, pequeña. Toda la suerte que tú te mereces.

Sí.

La suerte de Cynthia ya estaba echada.

No más de veinticuatro horas de vida.

* * *

Phil McCowen descendió del taxi.

Al inicio de Moon Street.

Fue caminando hasta el cruce con Kemp Road.

En aquellas primeras horas del atardecer, cuando las incipientes sombras de la noche avanzaban sobre la ciudad, el tráfico sí era nulo en Moon Street. Contados peatones. Los pocos comercios existentes ya habían cerrado sus puertas.

También Kemp Road aparecía desierta.

Ningún vehículo aparcado.

Ninguno.

Ni tan siquiera el viejo y destartado Ford Pinto.

Phil McCowen se detuvo encendiendo un cigarrillo.

Su temor se había cumplido. El Ford ya no estaba allí. Quedaba

descartada la posibilidad de que fuera ocupado por un vulgar delincuente. No hubiera seleccionado semejante cacharro por miedo a quedar en mitad de la calzada. Quien se llevó el Ford fue para investigar sobre él.

Y encontraría las huellas de Cynthia.

Phil McCowen giró sobre sus talones alejándose a Kemp Road. Mentalmente intentó tranquilizarse. Puede que Geoffrey Harris, al conducir el Ford, borrara las huellas dejadas por Cynthia. Las del volante, las de la portezuela...

Retornó a Shawn Hill en taxi.

Hasta Canyon Street. Quería recuperar los objetos empeñados al buitre de Ralph Logan. Encontró el establecimiento cerrado, pero golpeó con los nudillos en la cristalera del escaparate. Ralph Logan siempre estaba en su tienda. Contando el dinero.

Se abrió una mirilla en la puerta de entrada al establecimiento.

Y al instante fue franqueada la hoja de madera.

—Hola, McCowen... Adelante. ¿Qué me traes hoy?

Tenía entendido que ya no os quedaba nada por empeñar.

Phil McCowen dirigió una despectiva mirada al individuo.

Era como contemplar a una babosa. El aspecto de Logan era repulsivo. Con su hipócrita sonrisa, sus ojos codiciosos, el frotar de sus manos... El clásico avaro de los cuentos infantiles.

—Te equivocas, sanguijuela. Vengo a recuperar lo mío.

Ralph Logan entornó los ojos.

—¿Hablas en serio?

McCowen extrajo de la chaqueta unas papeletas. Las depositó sobre el mostrador. En la tabla, en las estanterías, por doquier, se amontonaban infinidad de objetos. Cuadros, porcelanas, libros, muebles... Todo entremezclado.

La tienda de compraventa de Logan era muy conocida en Shawn Hill. Sólo que Logan no era un comerciante, sino un usurero.

—No he oído por los boletines ningún robo —rió Logan—, ¿De dónde has sacado el dinero?

—Una herencia. ¿Quieres sacar mis cosas? Empieza por el reloj y...

—Un momento, McCowen, un momento... Tranquilo. Voy a sumar las papeletas y calcular el correspondiente interés. Puede que no te alcance para todo. Veamos...

Logan era un individuo fuerte en números.

Amplió la sonrisa de sus labios al posar la mirada en McCowen.

—Cuatrocientos veinte dólares, muchacho. Ese es el total.

—Okay.

Ralph Logan volvió a empequeñecer los ojos.

Había hinchado considerablemente la cifra. Era su norma habitual. Todas sus víctimas le regateaban y él, generosamente, rebajaba la cantidad. Ahora pensaba redondear la cantidad de McCowen en los cuatrocientos. Aquella impasibilidad era muy sospechosa para Logan.

—¿Puedo ver tu dinero, McCowen?

Phil McCowen rebuscó en los bolsillos. Había cogido unos cientos de dólares al salir de casa. Alec Armstrong, cuando compró un par de botellas de Johnnie Walter y varias cosas más en el supermercado, había cambiado uno de los billetes de mil dólares.

McCowen contabilizó trescientos setenta. Llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Allí tenía un billete de mil dólares que hizo desorbitar los ojos de Ralph Logan.

—Aquí tienes, buitre.

—No hay duda —rió nerviosamente Logan—. Has robado en un Banco.

—¿Qué haces ahora? ¿Crees que es falso?

Ralph Logan estaba contemplando el billete al trasluz. Con los dedos pulgar y corazón de la mano derecha fue palpando el billete.

Arrugó la nariz.

De nuevo alzó el billete para situarlo al trasluz.

—Por todos los...

—¿Qué ocurre, Logan?

El individuo posó sus ojos en McCowen.

—Te felicito, muchacho. Es casi perfecto. Papel, dibujo, tintas... Lo dicho. Casi perfecto. A cualquier otro podrías haber dado el camelo, pero yo soy perro viejo. No has debido acudir a mí. Te confesaré una cosa... Mi padre murió sufriendo condena en la prisión de Atlanta. Por el delito de falsificación de moneda, ¿comprendes? Fue un error intentarlo conmigo, McCowen. Soy uno de los pocos que pueden distinguir el...

—¡Maldito bastardo! —McCowen alargó las manos por encima del mostrador atrapando al individuo por las solapas. Le zarandeó con violencia—. ¿Quieres hacerme creer que es falso?

Logan no se inmutó.

Asintió sonriente.

—Tan falso como la virginidad de mi hija Judith.

Judith Logan Era muy popular en Shawn Hill. Contaba treinta años de edad. Desde los catorce ejercía de *call-girl*.

McCowen atrapó el billete.

Como hipnotizado.

—Falso...

—Conmigo no es necesario que finjas, muchacho. No te hagas el tonto. ¿Cuántos tienes, McCowen? Podemos hacer un buen negocio. ¿Te parece doscientos dólares? Te pagaré doscientos dólares por cada billete de mil, siempre que la falsificación sea tan perfecta como en éste. Yo me encargaré de la distribución y de... ¡Eh, McCowen!

Phil McCowen se encaminaba hacia la puerta.

—¡Doscientos cincuenta! —exclamó Logan—. ¡Puedo pagarte...!

Al cerrar la puerta quedó ahogada la voz del individuo.

Phil McCowen reaccionó.

Consciente del peligro.

Las huellas de Cynthia en el Ford podían considerarse como una ridícula pista. Ahora estaban dejando rastro por toda la ciudad. Cynthia, Armstrong y Harris. Habían proyectado ir de compras. Cynthia para adquirir vestuario y pasajes con destino a San Francisco. Armstrong un auto. Harris unas botas de auténtica piel...

McCowen les recomendó moderación en los gastos. Que no despertaran sospechas. Cynthia que no comprara modelos de alta costura, que el auto de Armstrong fuera de segunda mano...

Pero estaban pagando con billetes de mil dólares falsos.

Dejando tras de sí un rastro demasiado peligroso.

Phil McCowen se precipitó hacia la primera cabina telefónica que encontró a su paso. Primero discó el número correspondiente al apartamento de Cynthia. A cada señal de llamada la diestra de McCowen aferraba con más fuerza el auricular.

Nadie respondió.

Phil McCowen llamó ahora a su esperanza de que estuvieran allí reunidos después de haber efectuado las compras.

Tampoco recibió contestación.

McCowen abandonó la cabina.

Tenía que localizarles cuanto antes. Impedir que continuaran gastando aquellos billetes de mil dólares.

La desesperación de Phil McCowen iba a resultar vana.

Ya era demasiado tarde.

CAPITULO V

Raymond Daltrey penetró en el despacho.

Su aparición hizo incorporarse a Benussi.

—¿Alguna novedad, Raymond?

—Todavía es pronto, Angelo. Por el número del motor de Ford Pinto hemos ido atando cabos. Ese vehículo ya habla sido retirado de la circulación. Estaba para el desguace. Imposible localizar a su último propietario ni saber de qué desguace procede. Sí, hemos encontrado huellas. Un *all-cooper* (1) está trabajando en los computers. Es cuestión de paciencia.

(1) Funcionario de policía que se deja sobornar.

Benussi golpeó la mesa con el puño derecho.

—¿Paciencia? ¡Diez millones de dólares en juego, Raymond! ¡Y toda una red de distribución preparada para recibir la mercancía! Tenemos que mover más hombres. ¿Por qué no acudimos a la guarida de Jeremy Turpin? ¡Liquidaremos a ese bastardo y a todos los hijos de perra que están a sus órdenes!

Daltrey se acomodó en uno de los sillones del despacho.

Extrajo una boquilla de oro acoplando al extremo un largo cigarrillo.

—Yo soy el cerebro, Angelo. Déjame a mí. Tus impulsos nos llevarían al fracaso. No podemos desencadenar una guerra contra Turpin. Ya no estamos en el Chicago de los años treinta. Hay que hacer las cosas con más diplomacia. Algunos de nuestros muchachos infiltrados en las filas de Turpin están investigando. Ignoran ese robo a la furgoneta. He alertado a todos nuestros agentes de zona. Deambulan por grandes almacenes, supermercados y demás. Controlando a todo aquel que paga con billetes de mil dólares.

—¡Eso es como buscar una aguja en un pajar!

—Cuestión de paciencia y suerte, Angelo. Puede que lleguen pronto noticias de los computers de la policía. ¿Piensas seguir aquí enjaulado? Tienes otros muchos negocios por atender, Angelo. La falsificación de billetes es solamente una faceta de la organización. Lo que debes hacer es...

El sonido de uno de los teléfonos depositados sobre la mesa interrumpió a Daltrey.

Se adelantó al ademán de Benussi.

—Es para mí, Angelo. He dado este número en exclusiva para todo lo relacionado con el asunto de los diez millones —Raymond Daltrey atrapó el auricular—. Daltrey al habla.

Escuchó en silencio.

Brevemente.

Su voz hizo enmudecer al interlocutor del otro extremo del hilo telefónico.

—¡Voy personalmente!

Raymond Daltrey colgó el micro.

Con una sonrisa en los labios.

—Lo dicho, Angelo. Paciencia y suerte. Esta última nos ha sonreído. En Shawn Hill ha aparecido uno de nuestros billetes.

—¿Shawn Hill?

—No puedo explicarte más —dijo Daltrey, encaminándose hacia la puerta—. Me esperan allí. Ya nos veremos esta noche en tu casa.

Minutos más tarde Raymond Daltrey se acomodaba en el asiento trasero de un Pontiac Ventura color negro.

Al volante Lorne Murray. En el asiento contiguo su compañero Herbert Williams.

—¿Se trata de una buena pista, señor Daltrey? —interrogó Williams.

Raymond Daltrey sopló sobre una imaginaria mota de polvo de su elegante chaqueta. El pasador de oro de su corbata brillaba con fuerza.

—¿Sabes rezar, Herbert?

La pregunta de Daltrey hizo parpadear al individuo.

—¿Yo? Pues... algo recuerdo.

—Reza, Herbert, reza —sonrió Daltrey, fríamente—. Lo poco que recuerdes. Reza para que pronto recuperemos la mercancía. También tú, Lorne.

Murray y Williams intercambiaron una atemorizada mirada.

Llegaron a Shawn Hill.

El auto bordeó el Kidder Park hasta detenerse frente a una cabina telefónica. Un individuo de grasiento y mofletudo rostro se aproximó al Pontiac.

—Fue en los grandes almacenes Cepheus, señor Daltrey —dijo Rostro Grasiento—. Lewis estaba en administración. Todos los billetes de mil le iban siendo entregados y al encontrar...

—Abrevia, Irving.

Irving Kellerman asintió.

—Fue una chica quien entregó el billete. Había comprado un par de vestidos, lencería, zapatos y demás. Por un importe de seiscientos cincuenta dólares.

—¿Dónde está ahora?

—Lewis y Robinson fueron tras ella. Robinson me acaba de telefonar para indicarme que está en una agencia de viajes de la Mills Avenue. Aún sigue allí.

—Sube, Irving.

El auto reanudó la marcha.

Williams giró en el asiento.

—Oye, Irving..., ¿llegaste a ver a la chica?

Kellerman movió afirmativamente la cabeza. Haciendo bailar los mofletes. Sus ojos, diminutos y de rata, brillaron lujuriosos.

—¡Seguro! Por circuito cerrado de televisión. Cuan: do se probaba unas prendas de ropa interior en la sección de lencería. ¡Es dinamita, muchacho! Un cuerpo algo sensacional y que...

—¿Es rubia? —interrumpió Williams, con vehemencia—. ¿Rubia y de ojos azules?

—Todo lo contrario. Morena. Muy morena y de ojos oscuros.

Murray y Williams volvieron a intercambiar una apesadumbrada mirada.

—La..., la chica que se situó frente a la furgoneta era rubia y de ojos...

—No seas idiota, Lorne —dijo Daltrey—, Con una peluca y lentillas puede convertirse en deslumbrante rubia y con ojos azules. Lo único que me sorprende es la estupidez demostrada por esa chica. Jeremy Turpin sabe que la cadena de Cepheus son propiedad de Benussi. Y también me extraña esa precipitación en cambiar los billetes. Una de las pocas virtudes de Turpin es la prudencia.

El auto se adentró por la Mills Avenue.

La agencia de viajes se emplazaba en el número 1.233.

El Pontiac estacionó al otro lado de la calzada. Algo distante del establecimiento.

—Allí está Robinson —señaló Irving Kellerman—.

Eso significa que la chica continúa en... ¡Ahora sale! ¡Esa es, señor Daltrey!

Cynthia abandonaba el establecimiento portando dos voluminosos paquetes con la publicidad de Cepheus.

—Es..., es ella, ¿verdad, Lorne?

—¡No lo sé, maldita sea! Tú te aproximaste más a ella, Herbert. Desconcierta mucho el verla ahora con el pelo negro y...

—Tranquilos, muchachos —intervino Raymond Daltrey—. Vamos a tener ocasión de verla muy de cerca. Arranca, Lorne. Muy despacio. Acaba de pasar un taxi y no ha hecho ademán de pararlo. Eso significa que el trayecto resultará corto.

Así fue.

La tercera bocacalle que cruzaba la Mills Avenue era Young Street.

Cynthia penetró en el 771.

—Adelántate tú, Irving. Nosotros iremos detrás. Le daremos

tiempo a que entre en su apartamento. Puede alarmarse si ve a Lorne o Herbert.

Irving Kellerman descendió del vehículo.

Avanzó a grande zancadas. Resoplando. Al penetrar en el edificio aún escuchó el resonar de los tacones femeninos.

La casa carecía de ascensor.

Como la mayoría de los viejos edificios existentes en Shawn Hill.

Kellerman se asomó prudentemente por el hueco de la escalera.

Parcialmente contempló a la muchacha que ya alcanzaba la tercera planta. El taconear cesó en el cuarto piso. Y a los pocos segundos sonó el portazo.

Apareció Raymond Daltrey.

Algo más distantes Murray y Williams.

—Cuarto piso, señor Daltrey —informó Kellerman, con entrecortada voz y rostro sudoroso.

—En marcha. Tú también, Irving. Te hace falta ejercicio.

Kellerman sonrió complacido.

No le agradaba subir cuatro pisos, pero sí el ver nuevamente a la muchacha. Sólo el recordar la escena del probador hacía brillar lujuriosos los ojos de Kellerman.

Próximos ya a la cuarta planta se mostraron más sigilosos.

Daltrey hizo una seña.

William y Murray quedaron ocultos en el rellano. Ambos con la diestra rozando la funda sobaquera.

Raymond Daltrey se situó frente a la puerta.

Con Irving Kellerman a su derecha.

—Si abre con la cadena de seguridad cargaremos contra la puerta —indicó Daltrey—. Entre los dos haremos saltar la cadena.

Pulsó el llamador.

La puerta se abrió casi de inmediato.

Cynthia no tomó precaución alguna. Esperaba a McCowen, Armstrong o Harris. De ahí que la sonrisa de sus labios se borrara bruscamente al contemplar a los dos desconocidos.

—¿Qué...?

Todo fue muy rápido.

Ni tan siquiera pudo terminar la frase.

Raymond Daltrey se abalanzó veloz sobre la muchacha taponándole la boca con la zurda a la vez que la mano derecha se ceñía en torno al cuello femenino. La empujó contra la pared del reducido *living*.

Kellerman, Murray y Williams entraron seguidamente.

Cerraron la puerta del apartamento.

Lorne Murray, con el revólver en la diestra, echó una rápida mirada al salón. Su compañero Williams inspeccionó las

habitaciones del corredor.

—Nadie en la casa —dijo Herbert Williams, retornando sobre sus pasos—. Está sola.

Daltrey sonrió.

Sin dejar de presionar a Cynthia contra la pared. Taponándole la boca y aferrándole el cuello.

—Perfecto... Voy a soltarte, nena. Un solo grito, si te atreves a despegar los labios, te volaremos la cabeza de un balazo, ¿comprendes?

Daltrey formuló la pregunta acentuando la presión de su diestra.

Hasta casi cortar la respiración de Cynthia.

La muchacha, pálida como la azucena, asintió como un imperceptible movimiento de cabeza.

Raymond Daltrey la soltó para acto seguido empujarla hacia el abierto salón contiguo al *living*.

—No vamos a hacerte daño. Sólo hacerte algunas preguntas. Empezaremos por tu nombre. ¿Cómo te llamas, muñeca?

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de...?

La zurda de Daltrey trazó un rápido semicírculo. En brutal trallazo al rostro de Cynthia. En la mejilla femenina se dibujó un surco sanguinolento. Originado por la sortija de Daltrey.

—Responde a mis preguntas —amenazó Raymond Daltrey—. No quiero enfadarme. ¿Tu nombre?

—Ward... Cynthia Ward...

—Has comprado unos géneros en Cepheus. Pagando con un billete de mil dólares. ¿De dónde sacaste el billete, Cynthia?

La joven palideció aún más.

Sintió un temblor en las piernas.

Empezaba a sospechar quiénes eran esos individuos.

Hombre del Sindicato del Crimen. Hombres de Angelo Benussi.

—Un..., un cliente.

—¿Un cliente? —inquirió Daltrey—, Explícate, nena.

—Trabajo en The Globe, Un club de Shawn Hill. Ayer quedé citada con un cliente para almorzar juntos. Hoy, después del almuerzo, fuimos a un hotel. Me pagó mil dólares.

Raymond Daltrey sonrió.

Deslizó una insolente mirada por el cuerpo femenino. Cynthia lucía un favorecedor vestido camisero que permitía adivinar la perfección de su cuerpo.

—No estás nada mal, Cynthia; pero yo no pagaría mil dólares por estar contigo.

—Richard... Richard tenía mucho dinero..., muchos billetes de mil dólares.

—Richard, ¿eh? ¿Qué más? Dime el nombre completo de tu

generoso cliente.

—Richard Weber... No sé nada más de él. Le vi ayer por primera vez en el club.

—¿Qué hacías en la agencia de viajes? ¿Tienes proyectado algún viaje?

Cynthia tragó saliva.

Demoró unos instantes la respuesta.

—Tengo..., tengo familia en Nueva York. Fui a informarme de horarios y demás.

—¿De veras? Quiero presentarte a un par de amigos. Lorne Murray y Herbert Williams. Acercaos, muchachos.

La palidez de Cynthia se tornó cadavérica.

Atemorizada por Daltrey, no había reparado en los otros dos individuos. Los reconoció. Los dos hombre de la furgoneta.

Y también ellos la identificaron.

—Es ella.

—¡Seguro que lo es! —exclamó Herbert Williams—. No lleva peluca rubia, ni los ojos azules, ni el lunar en la mejilla; pero es la furcia que nos ofreció el *strip-tease*,

Daltrey sonrió.

Siniestro.

—¿Qué dices a eso, nena?

—Yo... no comprendo...

—Atala, Irving —ordenó Raymond Daltrey, secamente—. Nosotros echaremos un vistazo por el apartamento. Registradlo todo, muchachos. ¡A conciencia! Sin dejar un solo rincón.

Murray y Williams abandonaron la estancia.

Raymond Daltrey procedió a registrar los cajones del mobiliario del salón. Todos los compartimientos.

El trabajo más agradable había recaído en Irving Kellerman. Obligó a Cynthia a tenderse en el sofá. De bruces. Con el cordón de los cortinajes ató las manos de la muchacha a la espalda.

La hizo girar.

Las ávidas manos de Kellerman no disimularon sus torpes caricias. Las posó sobre los muslos femeninos para hacerla girar. Levantando la falda. Hasta mitad del muslo.

Los diminutos ojos de Kellerman acentuaron su lúbrico brillo. Sus manos subieron. Acariciadoras. Hasta llegar a los pechos de Cynthia. Los presionó una y otra vez.

Lascivamente.

—No es momento de eso, Irving —dijo Daltrey, reparando en la acción del individuo—. Ayúdame a...

—¡Lo he encontrado! —Lorne Murray apareció en el salón portando una caja de sombrero repleta de billetes de mil—.

Estaba en el armario del baño.

Daltrey echó una mirada.

—Ahí no está todo. Cuenta los fajos, Lorne. Nosotros seguiremos buscando el resto.

Murray fue amontonando los fajos.

Contabilizó dos millones quinientos mil dólares.

—Una cuarta parte —comentó Daltrey—. Has repartido muy equitativamente con tus compañeros, Cynthia. ¿Dónde están? ¿Quiénes son?

Retornaron Williams y Kellerman.

—No hemos encontrado...

—No sigáis buscando —interrumpió Daltrey—. Se han hecho cuatro partes. Es lógico suponer que cada uno tenga la suya. Y eso significa que no es obra de Jeremy Turpin, sino de un pequeño grupo. Cuatro profesionales. Bien, muñeca... Empieza a hablar...

—No..., no sé nada... Ese dinero no me pertenece... Es de un...

—Por supuesto que no te pertenece —sonrió Daltrey, en cruel mueca—. Vas a hablar, Cynthia. Nos contarás todo. Seguro que lo harás...

CAPÍTULO VI

Geoffrey Harris estaba rodeado de vociferantes individuos. Todos reían y brindaban a !a salud del anciano.

—¡Otra ronda! —exclamó Harris—. ¡Yo pago!

Aquellas palabras fueron recibidas con fuertes vítores.

El bar de Douglas no era un establecimiento refinado. Allí se reunían los desheredados de la fortuna. Los que mendigaban un trago de whisky o cualquier otro infernal licor. Los que, en el ocaso de sus vidas, sólo anhelaban una muerte rápida y próxima. Muchos de ellos ni tan siquiera tenían un lugar donde pernoctar. Cuando Douglas cerrara sus puertas, vagarían sin rumbo por las calles de Shawn Hill. Hasta que el amanecer les sorprendiera en un sucio callejón. Y así día tras día.

—¡Infiernos! ¡Ese que entra es mi amigo Phil! ¡Eh, Phil! ¡Aquí!

McCowen, al descubrir la presencia del anciano, avanzó a grandes zancadas.

Le atrapó por el brazo.

—Nos largamos, abuelo. Tenemos que hablar.

—¿Ahora? —rió Harris, con sonoro erupio—. ¡Estamos en lo mejor de la fiesta! No puedo abandonar a mis...

—¡En marcha!

—Un momento, Phil, un momento...

Geoffrey Harris introdujo sus ajadas manos en los bolsillos. Arrojó varios billetes sobre el mostrador. Seguidamente alzó los brazos en demanda de silencio.

—¡Hermanos! Douglas repartirá esos miserables dólares entre todos los aquí presentes. A partes iguales, incluido el bueno de Douglas. Cada uno que gaste su parte en lo que...

Phil McCowen arrastró al anciano hasta la salida.

Sin dejarle terminar la arenga, aunque poco importaba. El grupo ya se había volcado sobre el mostrador en espera del reparto.

La fría humedad de la noche hizo estremecer a Harris.

—¡Maldita sea. Phil! ¿Qué ocurre? Estaba disfrutando con unos amigos y tú...

—¿Dónde está Alec?

—¿Alec? ¡Yo qué sé! Al salir del apartamento cada uno se fue por un lado. Supongo que probando el auto que pensaba comprar.

—Tenemos que encontrarle.

—¿Qué diablos ocurre, Phil?

McCowen caminaba presuroso.

Obligando al anciano a dar pequeños saltos.

—Tenemos que localizarle, abuelo. A Alec y a Cynthia. Estamos en dificultades. ¿Cuánto dinero te has gastado?

Harris rió cascadamente.

—Aún me queda mucho de mis dos millones doscientos cincuenta mil dólares. ¿Qué te ocurre? ¿Ya has terminado con tu parte y necesitas un préstamo?

—Son falsos, abuelo. Todos los billetes de mil dólares son falsos. Tenemos diez millones de dólares falsos.

Geoffrey Harris incrementó su risa.

En ruidosas carcajadas.

Súbitamente las cesó posando sus ojos en McCowen.

—Phil..., voy a llorar. Dime..., dime que es una broma.

—No, abuelo. No lo es. El buitre de Logan lo descubrió. Traté de comunicarme con Cynthia o con vosotros, pero sin éxito. He estado en nuestro apartamento. Examinando los billetes. Podía ser un truco de Logan. Desgraciadamente es cierto. Los billetes son falsos. Incluso hay fajos con idéntica numeración.

—Nos han engañado, Phil... Nos han engañado... Les denunciaré a la policía...

—No digas más tonterías. Corremos peligro. Esa falsificación de billetes es obra del Sindicato del Crimen. Sólo ellos disponen de medios para tan importante y perfecta falsificación. Estarán buscando esa remesa, abuelo. No lo dudes. Tenemos que largarnos de Chicago cuanto antes. Tú sólo has cambiado un billete, pero Alec y Cynthia pueden estar gastando a manos llenas.

—Lo dudo. Al menos en Cynthia. Me acompañó a comprar las botas. Luego ella iba a Cepheus y después a consultar horarios para su proyectado viaje a San Francisco. No pensaba gastar más de mil dólares. Yo la vi entrar en su apartamento y deduzco que...

—¿Cuándo, abuelo? —interrumpió McCowen—, ¿Cuándo fue eso?

—Pues... Yo empezaba mi recorrido en plan samaritano. Primero fue en el bar de Sammy, luego en la cueva de Charles... Sí... Fue allí cuando vi pasar a Cynthia cargada de paquetes y entrar en su casa. Eso fue hace unas tres o cuatro horas.

—Entonces volvió a salir. Yo he telefoneado y no respondió nadie.

—¿De veras? —Harris arrugó la nariz—. Es extraño... Cynthia me dijo que tenía mucho trabajo en el apartamento. Pensaba empacar varias cosas para que luego le fueran enviadas a California y...

McCowen volvió a interrumpir al anciano.

—Sigue tú, Geoffrey. Acude a nuestro apartamento y no te muevas de allí. Espera a Alec y ponle en antecedentes del asunto. No abráis la puerta a nadie. Preparad el equipaje con lo más imprescindible. Yo voy al apartamento de Cynthia.

—Pero...

Phil McCowen se alejó por una de las bocacalles.

Dejando a Harris con la palabra en la boca.

McCowen, casi a la carrera, llegó a Young Street. Penetró jadeante en el 771. Se detuvo unos instantes al pie de la escalera para recuperar aliento. Seguidamente subió los peldaños de dos en dos.

Llegó al cuarto piso pulsando el llamador del apartamento de Cynthia.

Se escuchó el deslizarse del cerrojo.

Phil McCowen sonrió.

Cynthia estaba en el apartamento.

La sonrisa de McCowen iba a ser muy fugaz.

* * *

—Señor Daltrey...

Raymond Daltrey pareció no oír la voz de Murray. Su rostro estaba desencajado por demoníaca mueca. Inclinado sobre el desnudo cuerpo de Cynthia. Con ojos destellantes de furia. Irritado por la resistencia de la muchacha. Succionó el cigarrillo. Acto seguido sopló sobre el encendido extremo. Y brutalmente lo aplicó al bajo vientre de Cynthia.

—Terminarás por hablar, maldita... Juro que lo harás...

Un acre hedor a carne quemada dominaba ya en el salón.

—¡Está muerta, señor Daltrey! —exclamó Lorne Murray, para dejarse oír—. Ha muerto.

Raymond Daltrey respingó.

Estaba arrodillado en la alfombra. Inclinado sobre el sofá donde yacía Cynthia. Esta sujeta por Murray que le aferraba los cabellos e inmovilizaba la cabeza impidiendo que se incorporara. Irving Kellerman, a los pies, la sujetaba por los tobillos.

Aunque ya no parecía necesario.

Cynthia estaba inmóvil.

Con los ojos muy abiertos. Desorbitados. Su rostro deformado por una indescriptible mueca de horror. Un rictus que en modo alguno reflejaba todo el sufrimiento y dolor padecido. Tenía la nariz rota y los labios reventados. En ambas mejillas y en la frente negruzcos círculos originados por las quemaduras del cigarrillo.

Al igual que su cuerpo.

Quemaduras en los pechos, en el vientre, en los muslos...

—No... No puede ser... —Daltrey se precipitó para quitar el pañuelo que taponaba la boca de Cynthia—. ¡No puede estar muerta! ¡Habla, sucia ramera!

Comenzó a abofetear el rostro de la muchacha.

La inerte cabeza de Cynthia fue de un lado a otro. Sus ojos, aquellos ojos desorbitados, parecieron quedar fijos en Daltrey.

Acusadores del crimen.

—Puede que padeciera del corazón —comentó Herbert Williams.

Lorne Murray chasqueó la lengua.

—Se le fue la mano, señor Daltrey.

Raymond Daltrey se incorporó lentamente.

Acudió a la mesa donde estaba la botella de Johnnie Walker. Se sirvió un vaso que vació de un solo golpe. Se mesó los cabellos ajustando el aflojado nudo de la corbata y el botón de la camisa. Tomó la elegante chaqueta depositada sobre el respaldo de una de las sillas.

Ya parecía haber recuperado su habitual frialdad.

Esbozó una sonrisa.

—No esperaba tan fatal desenlace, pero poco importa. Ahora es cuestión de tiempo. Tarde o temprano sus cómplices se dejarán caer por aquí. Yo debo irme. Ya he perdido demasiado tiempo y éstos no son mis trabajos habituales. Tú vienes conmigo, Lorne. Vosotros dos quedaos aquí. Borrad meticulosamente todas las huellas que hayamos pedido dejar. Y esperad. Esperad a que cualquiera de los tres cómplices se presenten por aquí. Si llegan los tres, tanto mejor; pero con uno será suficiente.

—¿Qué haremos con él?

—Llevadlo al almacén del New Stop. Sano y salvo. Ningún exceso en los golpes. No vaya a ser que también nos resulte un tipo delicado. Yo estaré en la casa de Benussi. Llamadme de inmediato. Os dejaré el Pontiac para el desplazamiento. En marcha, Lorne.

Los dos hombres abandonaron el apartamento.

Llevándose los billetes de mil dólares encontrados.

Irving Kellerman escupió despectivo.

—Hijo de perra... Ese Daltrey es un perfecto hijo de perra. No debió torturar así a la chica.

Herbert Williams tomó la botella de whisky.

No se molestó en utilizar vaso.

Tras aplicar el gollete de la botella a los labios, sonrió divertido.

—Adivino lo que te ocurre, Irving. Estás furioso. Daltrey no te permitió que abusaras de la chica. Y tú babeabas por ella.

El mofletudo rostro de Kellerman enrojeció.

—¿Sabes una cosa, Herbert? Yo la hubiera hecho cantar. Sin tanta

violencia. Con sólo encerrarme con ella en una habitación.

Williams se atizó un segundo trago.

Volvió a reír.

—Seguro. Debes resultar sumamente viscoso y repulsivo.

—¡Vete al infierno!

Herbert Williams rió más ruidosamente.

El timbre del teléfono cortó bruscamente su carcajada.

Los dos hombres se miraron.

—¿Qué hacemos, Herbert?

Williams no dudó en la respuesta.

—Dejarlo sonar. Debe ser uno de los componentes del trío. Si respondemos espantaremos la liebre.

A los pocos minutos el teléfono dejó de sonar.

—Vamos a limpiar todo esto —aconsejó Williams—. Puede que lleguen de un momento a otro. Pasaré el cerrojo a la puerta para no ser sorprendidos. Hay que borrar las huellas en vasos, puertas, muebles y demás.

Les sobró tiempo.

La llegada de las sombras de la noche oscureció la estancia.

—¡Maldita sea! ¡Estoy cansado de esperar! —exclamó Irving Kellerman, paseando de un lado a otro del salón—. ¡Y tengo hambre!

Williams ahogó un bostezo.

—Tomata con caima, muchacho. Puede que tengamos que pasar aquí la noche. Voy a echar un vistazo al frigorífico.

Herbert Williams se encaminó a la cocina.

Se detuvo bajo el umbral. No quería sembrar de nuevo huellas por doquier. De ahí que retrocediera sobre sus pasos en busca de los guantes dejados en el salón.

Irving Kellerman no esperaba tan rápido regreso de su compañero.

Y fue sorprendido. Inclinado sobre el desnudo cuerpo de Cynthia. Con sus cortas y sebosas manos sobre los fríos pechos femeninos.

—Bastardo...

Kellerman giró veloz.

Con forzada sonrisa.

—Te... te equivocas, Herbert... Juro que te equivocas. No es lo que piensas. Yo sólo trataba de...

El llamador de la puerta cortó la conversación de los dos individuos.

Intercambiaron una mirada.

En silencio.

Ambos echaron mano a sus respectivas armas y se encaminaron hacia el *living*. Con sigiloso paso.

Herbert Williams se aproximó a la mirilla de la puerta.

Un hombre sota.

Así se lo hizo saber a Irving Kellerman extendiendo el dedo índice de su mano izquierda.

Williams, con el revólver en la diestra, se dispuso a deslizar el cerrojo de la puerta. Pegado a la pared, junto a la hoja de madera, permanecía Irving Kellerman.

También con el revólver en la mano derecha.

Los dos hombres intercambiaron una última mirada instantes antes de que procedieran a abrir la puerta.

El visitante no iba a tener un buen recibimiento.

CAPITULO VII

El cañón del revólver se situó a escasas pulgadas de la nariz de Phil McCowen.

—Adelante, pichón —sonrió Herbert Williams—, Te estamos esperando.

McCowen bizqueó ante la proximidad del arma.

Intentó retroceder.

—Creo..., creo que se equivoca conmigo. Yo soy vendedor de enciclopedias.

—¿De veras? ¡Magnífico! Mi amigo y yo somos amantes de la cultura.

Apareció el amigo de Williams.

En el mofletudo y grasiento rostro de Irving Kellerman una sonrisa. Una cordialidad que era desmentida por el revólver de su diestra.

—Regístrale, Herbert. Puede ir armado.

—Entra primero, pichón. No quiero que...

Phil McCowen reaccionó.

Suicida.

Más que entrar se abalanzó sobre el recién aparecido Kellerman. Empujándole contra su compañero. La torpeza de movimientos de Kellerman facilitó la acción.

—¡Aparta, Irving! —exclamó Williams—, ¡Aparta, maldita sea!

Phil McCowen corría ya como una exhalación escaleras abajo. Saltando los peldaños de cuatro en cuatro.

—¡Alto! ¡Quieto o disparo!

Hizo caso omiso a la orden.

Ninguna detonación, pero sí precipitados pasos por la escalera.

McCowen alcanzó Young Street. Se detuvo unos instantes jadeante. La calle aparecía solitaria. Envuelta en las sombras de la noche.

Los pasos resonaban más cercanos.

Y aquello decidió a McCowen. Sin rumbo fijo comenzó a correr. Cruzó la calzada. Hacia una de las bocacalles.

Llegaba a la esquina cuando se abrió la portezuela de un auto allí estacionado.

Y sonó la voz.

Una voz femenina, dulce, sensual...

—¿Quieres subir, amor?

Phil McCowen detuvo su vertiginosa carrera para precipitarse hacia el interior del auto. Cerró la portezuela justo en el momento en que sus dos perseguidores aparecían en la acera. Primero

Herbert Williams. Y a los pocos segundos el jadeante Irving Kellerman.

McCowen se abalanzó sobre la mujer, que le contemplaba risueña.

—Escucha, nena... Vas a ganarte quinientos dólares muy fácilmente. Sin necesidad de ir a ningún hotel. Aquí mismo, ¿de acuerdo? Tienes que mostrarte muy cariñosa.

—Lo que tú digas, encanto.

McCowen besó a la mujer.

En un principio, dado que fue ella la que al instante tomó la iniciativa. Entrelazó sus brazos en torno al cuello de McCowen. Ladeada en el asiento para volcarse sobre él. Besándole ávidamente en la boca, agitando sus cabellos, moviéndose lasciva...

Phil McCowen, ante aquel arrebató de pasión, casi olvidó lo comprometido de su situación; pero el sonar de unos pasos sobre el asfalto le hizo volver a la realidad.

William y Kellerman se estaban aproximando.

No llevaban las armas visibles, pero sí la diestra introducida en el bolsillo de la chaqueta. En significativo bulto.

Pasaron delante del estacionado auto.

Y ambos miraron hacia el interior del vehículo.

Contemplaron fugazmente a la pareja. Una mujer volcada sobre un individuo. Besándose. Intercambiando lujuriosas caricias. Enfrecidos por el deseo. Ajenos a todo.

Williams y Kellerman siguieron.

Al llegar a la esquina se separaron. A los pocos minutos volvieron a encontrarse en Young Street. Cada uno llegó por un lado. Habían dado una batida sin resultado positivo.

Encaminaron sus pasos hacia el 771, aunque sin entrar en la casa. Parecían dudar. Sin saber qué hacer. Por último se dirigieron hacia un Pontiac estacionado unas manzanas más abajo.

Se escuchó el ruido del motor.

Phil McCowen, que había seguido furtivamente los movimientos de los dos individuos, separó a la mujer que continuaba pegada a él como una lapa.

—Ya es suficiente, nena.

—¿Ya? ¿Seguro?

McCowen divisó los faros del auto que se alejaba doblando al final de Young Street. Ahogó un suspiro, aunque sin atreverse a descender del vehículo. Puede que los dos hombres se dedicaran a dar un recorrido por la zona y retornaran nuevamente a Young Street. De un momento a otro.

De ahí que McCowen optara por permanecer en el auto.

—Vamos a fumar juntos un cigarrillo, ¿eh, nena? Quiero estar unos minutos más contigo y luego ya...

Phil McCowen se interrumpió.

Por primera vez posaba sus ojos directamente en el rostro de la mujer.

Una mujer joven. De unos veinticuatro años de edad. De singular belleza. El pelo muy cortito, en juvenil peinado que favorecía su rostro de perfecto óvalo. En sus rasgados ojos un luminoso destello. Labios exultantes, carnosos, húmedos... Unos labios hechos para ser besados.

Lucía un vestido de seda estampada con cuello camisero y mangas largas. La falda, después de la apasionada escena representada, aún permanecía por encima de los muslos. Largos y esbeltos muslos enfundados en medias oscuras.

No.

No tenía aspecto de *call-girl*.

Y el auto.

Phil McCowen reparó también por primera vez en el auto. Un Chevrolet Camaro. No un último modelo, pero sí dotado de excelente moqueta, tapizado y lujoso salpicadero. No era el vehículo adecuado para una *call-girl*. Y menos en la zona de Shawn Hill,

La muchacha sonrió.

Consciente del examen a que era sometida.

—¿Cuál es tu nombre?

—Puedes llamarme Sandra.

McCowen extrajo la cajetilla de tabaco. Ofreció un cigarrillo a la joven. Junto con la llama de un fósforo. Una llama que tembló al enfocar el bello rostro de la mujer.

—Eres muy fogosa, Sandra.

—Yo te encontré algo... nervioso. ¿Tu nombre?

McCowen miró al espejo retrovisor. Luego a izquierda y derecha. Young Street continuaba desierta.

—Phil McCowen. Este no es tu campo de acción, ¿verdad, Sandra?

—¿Cómo? ¡Ah, no! —la muchacha rió divertida—. Apuesto que tú tampoco pagas siempre quinientos dólares. Y menos por unas caricias en el interior de un auto.

Phil McCowen comenzó a rebuscar por los bolsillos.

—Tendrás que conformarte con algo menos, nena. No tengo más que unos... trescientos dólares.

—Te he visto un billete de mil dólares, Phil.

McCowen dio la última chupada al cigarrillo.

—Es un recuerdo de familia. No puedo desprenderme de él. Confórmate con los trescientos, ¿okay? Adiós, Sandra.

Phil McCowen descendió del vehículo.

Aún era prematuro, pero estaba preocupado por la suerte de Cynthia. Penetró en el 771 de Young Street. Subió la escalera. Ahora lentamente. Dominado por un negro presentimiento.

La puerta del apartamento estaba abierta.

El salón iluminado.

Phil McCowen se detuvo bajo el umbral. Fue como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza. Se tambaleó. Con súbito flaquear en sus piernas.

Contempló horrorizado a Cynthia.

Sobre el sofá.

Las manos atadas a la espalda. Con el desnudo cuerpo plagado de negruzcas quemaduras. Con el rostro desencajado. Los ojos casi fuera de las Órbitas...

Mirándole.

Sí.

Cynthia tenía la cabeza ladeada. El rostro hacia la entrada del salón. Los ojos fijos en McCowen.

Phil McCowen avanzó.

Arrastrando los pies.

Como un autómatas.

Sin apartar la mirada del torturado cuerpo de Cynthia. Cuando se disponía a inclinarse sobre ella, escuchó la voz.

—No lo hagas, Phil. No toques nada.

McCowen giró.

Allí estaba Sandra.

Mostrándole una placa y una credencial.

—Eres...

—Sí, Phil —asintió la muchacha—. Sandra Blossom, agente del Federal Bureau of Investigation.

* * *

Sandra colgó el auricular del salón.

Lo había cogido de forma que no borraría cualquier posible huella.

—Ya nos podemos ir, Phil. Mis compañeros llegarán de un momento a otro.

—¿No les esperamos?

—No es necesario. Yo me encargaré de ti.

—¿Estoy detenido?

Una leve sonrisa asomó a los carnosos labios de la muchacha.

—No. Simplemente quiero hacerte algunas preguntas. Esto será dentro de poco un hormiguero. Los de dactiloscopia, el forense... Hablaremos más tranquilos en otro lugar.

Se encaminaron hacia la puerta.

Phil McCowen, antes de salir, dirigió una última mirada al cadáver.

Y sus ojos volvieron a enfrentarse con la helada mirada de Cynthia. En los ojos femeninos, ya velados por el fantasma de la muerte, seguía reflejado un indescriptible terror.

—Vámonos, Phil...

Abandonaron el apartamento.

Minutos más tarde estaban acomodados en el interior del Chevrolet.

—Iremos al primer local que encontremos abierto —dijo Sandra, iniciando la marcha del vehículo—. Necesitas un trago.

—¿Seguro que eres un agente del FBI? Tu comportamiento me resulta algo extraño.

—Lo soy, Phil; pero tengo carta blanca para actuar. Todos los agentes destinados a combatir la organización de Angelo Benussi gozamos de total libertad de acción.

—Benussi... ¿Fueron los hombre de Benussi los que mataron a Cynthia?

—Es de suponer. Los dos hombres que salieron tras de ti trabajan para el Sindicato del Crimen. Herbert Williams y Irving Kellerman. Dos auténticos bastardos.

Phil McCowen quedó en silencio.

Las mandíbulas fuertemente apretadas. Sus endurecidas facciones aún acusaban tenue palidez.

—¿Quién era ella, Phil?

—Ya te lo he dicho. Cynthia Ward.

—¿Qué relaciones tenía con Benussi? ¿Por qué la han matado?

—Ninguna relación.

—Oye, Phil... Trato de ayudarte. Los hombres de Benussi van tras de ti, ¿no es cierto? Kellerman y Williams querían matarte. ¿Por qué?

—Lo ignoro.

Sandra respiró con fuerza.

Sus turgentes senos tensaron al máximo la tela del vestido.

—El FBI lleva años tratando de aniquilar la organización de Angelo Benussi. Seguimos cualquier pista. Por insignificante que sea. Hoy fue informada de que Raymond Daltrey, lugarteniente de Benussi, salía de Shawn Hill en un taxi. Eso me resultó muy

extraño. Este no es territorio habitual de Benussi y el refinado Raymond Daltrey no acostumbra a utilizar un taxi. Recorrí la zona hasta descubrir el Pontiac. Un auto con matrícula familiar. Un vehículo de la organización de Benussi. Estacionado en Young Street. Esperé. Ignoraba dónde podían estar los ocupantes del Pontiac. Hasta que te vi salir corriendo del 771 de Young Street. Seguido de Williams y Kellerman.

—No necesito ayuda, Sandra.

—¿Eso crees? Cynthia fue torturada. Tú mismo has visto su cuerpo. Querían saber algo de ella y de seguro que lo habrán conseguido. Son expertos en la tortura. Si estás ocultando algo, ellos ya lo han descubierto. No lo dudes, Phil. Ya lo saben.

McCowen volvió a quedar en silencio.

Sí.

En el salón estaba la caja de sombreros. Vacía. Sin la parte correspondiente a Cynthia. Angelo Benussi ya estaría al corriente de todo. Conocería la identidad de los tres asaltantes de la furgoneta. Intentaría recuperar el resto de lo robado y...

—Dios...

—¿Qué te ocurre, Phil?

—¡Pronto, Sandra! ¡Acelera! ¡Dobla hacia Sinton! Tenemos que llegar rápidamente a Wynn Street. A mi apartamento. Antes de que sea demasiado tarde.

CAPITULO VIII

Alec Armstrong comenzó a llorar.

Como un chiquillo.

En el decrepito rostro de Geoffrey Harris era fácil adivinar sus esfuerzos por no llorar.

—Benussi... Angelo Benussi y sus hombres.

—Sí, Alec. Ellos fueron —dijo McCowen, fríamente—. Y ahora vienen por nosotros. Encontraros aquí en el apartamento, sanos y salvos, ha sido una verdadera sorpresa. Os creía muertos. Eso significa que Cynthia no nos delató. Que sufrió tortura hasta la muerte. Todo antes que dar nuestros nombres.

Harris sí dejó escapar ahora unas lágrimas por su ajado rostro.

Sin despegar los labios.

—También yo he quedado muy sorprendida —intervino Sandra Blossom—. Uno de mis compañeros, un agente del FBI llamado Mike Roddam, ha desaparecido hace unos días. Nos consta que ha sido eliminado por Benussi. Una mujer dominada por Angelo Benussi, una muchacha que quería escapar del horror y emprender una nueva vida, estableció contacto con nuestro agente proporcionando algunos datos de interés. Cuando Mike Roddam desapareció, temimos lo peor. Y nuestras sospechas se confirmaron. La muchacha,

Karen Scott, también ha desaparecido. Nuestro agente fue torturado... y confesó.

—Cynthia padecía del corazón —murmuró Alec Armstrong—, Me lo dijo en cierta ocasión. Quería ahorrar algún dinero y marchar a California. Allí..., allí...

La voz de Armstrong se quebró.

Resultaba impresionante ver a un individuo como Alec Armstrong, fuerte y corpulento, llorar desconsolado.

—Yo puedo ayudaros —dijo la chica del FBI—. Cynthia no reveló vuestros nombres, pero sí tal vez pistas suficientes para que los hombres de Benussi puedan localizarlos. ¿Por qué os busca? ¿Qué tiene contra vosotros? ¿O... qué tenéis vosotros contra él?

McCowen, Armstrong y Harris se miraron entre sí.

Ninguno respondió.

La bella agente del Federal Bureau of Investigation sospechó la verdad.

—Si se trata de algo delictivo podemos llegar a un acuerdo. A partir de este momento os ofrezco protección y un lugar donde Angelo Benussi no pueda localizarlos.

—Yo sí quiero encontrarle —dijo McCowen, con fría calma—. No me esconderé de él.

—Entonces eres hombre muerto —sentenció Sandra—. Tú y tus compañeros involucrados.

—Ellos abandonarán Chicago. Esta misma noche quiero que...

—Un momento, Phil —cortó secamente Armstrong—. Tú siempre has sido mi portavoz y yo me he limitado a obedecer. Ahora es diferente. No admito órdenes. Yo apreciaba a Cynthia tanto o más que tú. Me quedo aquí. Y tampoco escondido como una rata.

Era el turno de Geoffrey Harris.

El anciano hizo una extraña mueca.

—Yo no estoy para trotes, hijos. A mi edad ya poco importa vivir o morir. ¿Recordáis el día en que llegué a vuestra gasolinera? Era una noche de perros. Solicité algo de comer. Y desde aquel lejano día estoy con vosotros. Me aceptasteis sin formularme jamás pregunta alguna. Con vosotros he conseguido un hogar. Me sería imposible marchar.

Phil McCowen esbozó una sonrisa.

Giró su mirada hacia Sandra.

—Tenemos mucho trabajo, Sandra. Te acompañaré hasta el coche.

—Pero... ¿no comprendes...?

McCowen tomó del brazo a la muchacha conduciéndola hasta el living. Abandonaron el apartamento llegando hasta el estacionado Chevrolet.

—Crees enfrentarte con unos vulgares delincuentes, ¿verdad, Phil? La organización de Benussi...

—Sé que me enfrento a un nido de hijos de perra —interrumpió McCowen, con dura voz—. Asesinos sin piedad. Alimañas. Fieras que hay que exterminar.

—Nada podrás tú solo.

—¿Qué me dices del todopoderoso FBI? Primero Renzo Benussi, ahora su hijo... y el Federal Bureau of Investigation dando palos de ciego.

—En ocasiones la propia ley favorece al delincuente. Sin pruebas nada podemos hacer.

—Yo no soy del FBI. Yo no estoy condicionado por una placa. Yo actúo por venganza.

—Mala consejera, Phil.

—Depende hacia dónde esté enfocada.

—¿Era tu chica? ¿Cynthia era tu chica?

Se miraron a los ojos.

Fijamente.

McCowen sonrió.

—Sí..., era mi chica, la de Alec... Era una mano amiga que jamás te rechazaba, era alguien con quien conversar en las horas de

silencio, alguien a quien amar en las noches de soledad... Era una amiga. Algo muy difícil de encontrar. Adiós, Sandra.

—Un momento, Phil. Si te niegas a colaborar me obligas a detenerte.

—¿De veras? ¿Bajo qué acusación?

—El FBI no las necesita, aunque puedo acusarte de entorpecer la marcha de la justicia, puedo retenerte hasta que confieses tu vinculación con los hombres de Benussi... ¡Oh, Phil! ¿No lo comprendes? Tienes que colaborar con nosotros. Juntos aniquilaremos a Benussi.

—No, Sandra. Lo haré a mi manera. Puede que en efecto tenga pruebas contra Benussi, pero no quiero entregarles de momento. Me he criado en la calle. En barrios poco afortunados. He visto sobornos a pequeña escala. Sé que Benussi puede codearse con políticos y fulanos importantes. Yo no quiero a Angelo Benussi para sentarse a pavonear frente a un jurado atemorizado. Yo lo quiero muerto.

—El FBI conoce esos sobornos, Phil. Y queremos también eliminar a los corrompidos. Te ayudaremos. Este no es un trabajo de aficionados.

McCowen volvió a sonreír.

Fríamente.

—Te sorprendería saber lo que puede llegar a hacer un grupo de aficionados. Adiós, Sandra.

—No, Phil. Tú me has obligado. Debes acompañarme al Departamento. Y allí serás interrogado hasta confesar el alcance de tus relaciones con los hombres de Angelo Benussi y el por qué de la muerte de Cynthia Ward.

Volvieron a mirarse a los ojos.

—Okay, Sandra. Te propongo un trato. Déjame esta noche. Sólo esta noche. Mañana, a primera hora, te diré todo cuanto quieres saber.

—No puedo hacer semejante trato. Los muertos no hablan.

—Detenerme será lo mismo, Sandra. Tampoco hablaré.

Las bellas facciones de Sandra se ensombrecieron.

Tras unos instantes de duda, movió lentamente la cabeza.

—De acuerdo, Phil. No me das otra alternativa. Tienes toda esta noche... para morir.

* * *

Alec Armstrong movió la cabeza de un lado a otro.

—Pobre abuelo—. No me ha gustado dejarle solo. Aunque fuera en el lujoso Samoa Hotel.

—¿Qué querías? —dijo McCowen, conduciendo el Buick por las

calles de Shawn Hill—. ¿Que nos acompañaras?

—Ese era su deseo.

—Hubiera sido un estorbo, Alec. Y tú lo sabes. Vamos al encuentro de la muerte. Con el único consuelo de llevarnos por delante a alguno de esos bastardos.

Armstrong sonrió.

Llevó su diestra al costado izquierdo palmeando la culata de una Walther calibre veintidós y con cargador para ocho disparos.

—¿Recuerdas, Phil? Tú querías empeñarlas y yo me negué.

—También recuerdo cuando las compramos al buitre de Logan. Tampoco yo quería, pero una gasolinera es lugar predestinado a atracos. Bueno..., ya hemos llegado.

—¿Crees que aquí...?

Phil McCowen detuvo el auto frente a la entrada de The Globe.

Asintió.

—Seguro, Alec. Y apuesto que ya habrán dado con nuestro apartamento. No les hagamos esperar.

Penetraron en el club.

No había atracciones en la pista, sino parejas. En música de baile. Lenta y sensual. La pecaminosa penumbra del local incrementada aún más por el humo del tabaco.

McCowen y Armstrong avanzaron hacia el mostrador.

Allí estaba Curtis.

Pálido como un cadáver. Les recibió con una sonrisa. Marcadamente forzada. La sonrisa clásica del que acaba de recibir un pisotón.

—Ho..., hola, muchachos. Cynthia os espera en el camerino —dijo Curtis, con voz algo temblorosa—. Está enferma. Hoy no ha podido actuar y... Lo mejor es que la lleves a casa, Phil.

McCowen y Armstrong intercambiaron una rápida mirada.

—Gracias, Curtis. Vamos a...

McCowen no terminó la frase.

Unos brazos femeninos se colgaron de su cuello.

—¡Phil! ¡Oh, Phil! Ayer te esperé toda la noche.

McCowen arqueó las cejas.

Era Julie. Una de las chicas de The Globe. Una exuberante pelirroja de tentador cuerpo que ahora presionaba contra el de McCowen.

—Me fue imposible acudir, Julie.

—Eres un embustero, Phil. Un delicioso embustero —la mujer se pegó más a él. Y su voz se hizo súbitamente un susurro—. El hombre que está al final del mostrador. Tres más en el camerino... ¡Invítame a un whisky, Phil! ¡Invítame y...!

—En otro momento, nena —McCowen rechazó a la mujer—.

Ahora déjame en paz.

Julie se tambaleó.

—¡Bastardo! ¡Eres un bastardo!

McCowen y Armstrong se encaminaron hacia la puerta que conducía a los vestuarios.

La franquearon cerrando tras de sí.

—Un momento, Alec —dijo McCowen, pegado a la pared del corredor y apoderándose de la Walter—. El fulano que estaba al final del mostrador llegará un momento a otro.

Así fue.

La puerta se abrió.

Apenas asomar el individuo recibió el brutal trallazo en la cabeza. El cañón de la automática le hizo crujir la frente. Ni un solo gemido brotó de sus labios.

McCowen y Armstrong le sujetaron por los brazos impidiendo que se desplomara.

Se detuvieron ante una puerta del pasillo.

Phil McCowen golpeó la hoja de madera a la vez que dirigía una significativa mirada a Armstrong.

La puerta se entreabrió.

Muy levemente.

Suficiente para que McCowen y Armstrong cargaran violentamente sobre ella. Utilizando al desvanecido individuo como parapeto.

Herbert Williams, pese a estar alerta y revólver en mano, salió despedido hacia el interior de la habitación.

Lorne Murray disparó.

Precipitadamente.

McCowen y Armstrong percibieron el impacto en el desvanecido individuo. Este pasó, sin percatarse de ello, a un sueño más profundo y eterno.

Phil McCowen se arrojó al suelo mientras que su compañero Armstrong continuaba parapetado tras el individuo, ahora ya convertido en cadáver.

La Walther de McCowen entró en funcionamiento.

Correspondiendo al fuego de Lorne Murray.

Más certeramente.

El proyectil se incrustó en la cabeza de Murray. Entre ceja y ceja.

Herbert Williams, que había perdido el equilibrio ante la violenta embestida, no soltó el revólver. Y desde el suelo intentó disparar. Sólo fue un intento.

Su dedo índice, aunque curvado sobre el gatillo, quedó engarfiado unos instantes. Luego el revólver escapó de su mano. Y volvió a besar el suelo. Ahora para no levantarse más. Una bala

proyectada por Alec Armstrong le había enviado al Más Allá. Irving Kellerman, torpe en su reacción, se percató de su inferioridad. Ya estaba siendo encañonado por la humeante Walther empuñada por McCowen. De ahí que alzara precipitadamente los brazos.

—¡No! ¡No dispaes!

Phil McCowen se aproximó.

Sonriente.

—Es uno de ellos, Alec. Uno de los que estaban en el apartamento de Cynthia. ¿Cuál es tu nombre?

—Kellerman... Irving Kellerman... Yo..., yo no maté a la chica.

—¿Has oído eso, Alec? El bueno de Irving no fue.

—Fue Raymond Daltrey... El la torturó hasta matarla.

—Comprendo —dijo McCowen, con fría sonrisa—. ¿Y tu, Irving? ¿Qué hacías tú mientras era torturada? ¿Aplaudir?

—Yo..., yo...

Phil McCowen proyectó la Walter. De abajo arriba. El punto de mira rasgó la mejilla derecha de Kellerman. Marcando un profundo surco sanguinolento en el mofletudo rostro del individuo. Este gritó. Muy poco. Un segundo trallazo, ahora propinado por Armstrong, les destrozó todos los dientes. El cañón de la automática reventó la boca de Kellerman haciéndole saltar todos los dientes.

—Basta... Piedad...

—¿Piedad? ¿Desde cuándo conoces esa palabra? —inquirió McCowen, golpeando el estómago del individuo con la culata—. ¿Acaso la pronunció Cynthia? ¿Cuántas veces, Irving? ¿Cuántas veces suplicó piedad?

Kellerman había caído de rodillas.

Doblado por la cintura.

Boqueando como pez fuera del agua.

Comenzó a vomitar.

—¿Le liquido ya, Phil? Me produce náuseas.

—Tranquilo. Tiene que decirnos la guarida de Angelo Benussi. ¿Dónde podemos localizar a Benussi? Ahora, Irving. Quiero verle ahora. ¡Responde!

—En..., en Green Boulevard. El 1690 de Green Boulevard... Es su residencia.

—¿También estará allí Raymond Daltrey?

—Sí... Esperan noticias nuestras. Teníamos que llevaros allí...

—Vamos a ahorrarte el trabajo, Irving. Nos presentaremos nosotros mismos. En marcha, Alec.

Phil McCowen giró sobre sus talones.

Empujando a Armstrong.

E Irving Kellerman, a cuatro manos, aprovechó para alargar su mano derecha en busca de uno de los caídos revólveres.

Llegó a empuñarlo.

Incluso apuntó con el cañón.

Eso fue todo.

Dos detonaciones al unísono. Dos balas al adiposo rostro de Irving Kellerman. Reventando su cabeza como una manzana podrida. Phil McCowen y Alec Armstrong habían accionado el gatillo a un mismo tiempo. Ambos deseosos de enviar al infierno a Irving Kellerman.

El 1690 de Green Boulevard era aparentemente como un bungalow más de la zona. Todos ellos destinados a individuos forrados de dólares. Lujosos y dotados del máximo confort.

Sin embargo el bungalow de Angelo Benussi era diferente. Debía serlo, dada la calaña de su propietario. Vivienda y jardín estaban dotados de sofisticados sistemas de seguridad. *Electric-eye alarm, automatic light, hand alarm* y un control de televisión en circuito cerrado.

Seis individuos eran los componentes de la escolta personal de Benussi. Pernoctaban en el bungalow. La servidumbre la formaban tres hombres y dos mujeres. Todos ellos fieles a su jefe.

—No confío en ellos —dijo Benussi, mordisqueando un aromático veguero—. Tenías que estar tú allí. O yo mismo. Ese individuo les burló una vez y puede hacerlo de nuevo. ¿Seguro que no pertenecen a la banda de Jeremy Turpin?

Raymond Daltrey sonrió.

—Ya te lo he dicho, Angelo. Por sorprendente que parezca, fueron cuatro independientes los que atacaron la furgoneta. Es más..., cuatro principiantes. Cuatro aficionados. Hemos investigado en The Globe y conocemos detalles. Cynthia Ward mantenía estrecha amistad con tres individuos. Alec Armstrong, Phil McCowen y Geoffrey Harris. ¿Te das cuenta? Phil... y el tal Geoffrey Harris es un anciano.

—Resulta imposible... Cuatro aficionados enfrentándose a Angelo Benussi.

—Se dejarán caer por The Globe. O por el apartamento de Wynn Street. Tenemos hombres en ambos sitios. Hemos recuperado una cuarta parte del botín. El resto es cuestión de horas, Angelo. De un momento a otro llegarán los muchachos con alguno de los...

Se abrió la puerta del despacho biblioteca.

Apareció Bruce Jarrot, el encargado de la seguridad en el bungalow.

—¡Eh, Angelo! Hay dos fulanos en la reja del jardín. Quieren verte para algo relacionado con la furgoneta de la Busey Company.

Benussi y Daltrey intercambiaron una mirada.

—Puede ser un truco del FBI —advirtió Daltrey—. Tal vez hayan oído algo del robo a la furgoneta y, aun desconociendo lo de los diez millones de dólares falsos, quieran sonsacarnos.

—No me parecen policías —dijo Bruce Jarrot—. Me han dado sus nombres. Phil McCowen y Alec Armstrong.

Angelo Benussi casi se traga el cigarro.

Y Raymond Daltrey saltó del sillón como si hubiera fallado uno de los muelles.

—¡Por todos los...! ¡Traedles aquí! ¡Detenedlos! ¡Que no escapen!

—Tranquilo, Angelo. Se han presentado ellos. Voluntariamente —sonrió Daltrey—. Eso significa que han descubierto que los billetes son falsos. Quieren parlamentar.

—¿Parlamentar? ¡Les llenaré de plomo!

—Eso más tarde —dijo Daltrey—, Después de la entrevista. Puedes franquearles la entrada y conducirlos hasta aquí, Bruce. Bruce Jarrot cumplió la orden.

Minutos más tarde, Phil McCowen y Alec Armstrong penetraban en el amplio despacho biblioteca del bungalow. Tras ellos Bruce Jarrot. Se les había unido otro individuo. Boris Cagney. Un experto en el arte de matar.

Angelo Benussi se había acomodado tras la longitudinal y artística mesa escritorio.

Raymond Daltrey junto al mueble biblioteca.

—Buenas noches, caballeros. ¿Les apetece beber algo?

—¡Menos ceremonias, Raymond! —vociferó Benussi, sin ocultar su nerviosismo—. ¡Regístrales, Bruce! Ya tenías que haberlo hecho.

Jarrot les cacheó.

Una Luger en el costado izquierdo de McCowen. Al igual que en Armstrong. Las dos armas fueron depositadas sobre la mesa escritorio.

—No parece ser una visita de cumplido.

—Lo es, Raymond —dijo McCowen, posando sus ojos en el individuo. Una mirada que difícilmente ocultaba el odio y deseos de venganza—. Ir armado es lógico. Las calles de Chicago son muy peligrosas.

—¿Tú eres Phil McCowen?

—Ajá. Este es mi compañero Armstrong. El abuelo quedó reposando.

Angelo Benussi comenzó a maldecir. El que un anciano hubiera participado en el asalto a una de sus furgonetas le irritaba en grado sumo.

Raymond Daltrey, por el contrario, parecía tranquilo. Sus labios no dejaban de sonreír.

—Bien,.. Tú eres el portavoz, ¿no, Phil?

—Correcto. Tenemos la mercancía. Los diez millones de dólares, exceptuando la parte de Cynthia. Papel mojado para nosotros, pero sin duda muy interesante para la organización de

Benussi. Nosotros no disponemos de medios ni red de distribución.

—Hablas muy razonablemente, Phil.

—Queremos trescientos mil dólares —dijo McCowen—. Trescientos mil... de los buenos. A cambio de la mercancía.

Angelo Benussi enrojeció. Iba a incorporarse, furioso, pero un ademán de Daltrey le contuvo.

—Aceptado, Phil. ¿Dónde está la remesa? Nuestros muchachos registraron en el apartamento sin encontrar un solo billete.

—En lugar seguro, Raymond. Primero queremos los trescientos mil dólares.

—¡Ya basta, maldita sea! —rugió Benussi, incorporándose del sillón—, ¡Boris! ¡Liquida a uno de ellos! El otro hablará de inmediato.

Boris Cagney llevó su diestra a la funda sobaquera empuñando un revólver de cañón corto.

—Espero que te liquide a ti, Phil —sonrió Armstrong—. El abuelo y yo nos repartiremos todo.

McCowen correspondió a la sonrisa de su compañero.

—Lo mismo digo. Con uno menos a repartir, ofreceré más resistencia a hablar. Incluso me dejaré arrancar la piel a tiras antes de decirles algo.

Benussi parpadeó.

Perplejo por aquella reacción de McCowen y Armstrong.

—Sospecho que nos encontramos frente a dos individuos de temple —intervino nuevamente Daltrey—. Guarda el revólver, Boris. De acuerdo. Os firmaré un...

—No somos idiotas, Raymond —interrumpió McCowen—. Dinero en efectivo.

—¿Crees que tenemos en la casa trescientos mil dólares?

—Sí, Raymond. Lo creo. Y quiero verlos. En caso contrario no hay trato.

Por primera vez la sonrisa desapareció del rostro de Daltrey. Cruzó una rápida mirada con Benussi.

—Entrégales el dinero, Angelo.

Benussi obedeció.

Consciente de que aquel dinero no saldría del bungalow.

Fue hacia el mueble biblioteca. Tomó uno de los libros. En la estantería superior. Al aprisionar un oculto resorte se abatió una de las planchas del mueble. Descubriendo una caja fuerte empotrada en la pared. Entre carpetas y papeles se veían gruesos fajos de billetes.

Angelo Benussi procedió a contabilizar trescientos mil dólares.

—Aquí están. Contadlos y examinadlos.

Phil McCowen denegó con un movimiento de cabeza.

—Ahora sí confiamos. No te considero tan estúpido de guardar dólares falsos en tu caja fuerte. Resultaría muy comprometedor.

Benussi rió como un niño travieso.

—Cualquiera de los papeles de mi caja fuerte, el más insignificante, es verdadera dinamita; aunque por supuesto que no colecciono dólares falsos. Cada periodo de tiempo, mi imprenta de Moore Street se dedica a la emisión de billetes falsos. Son distribuidos en los EE.UU. y en Europa. Por una importante red. Por vuestra culpa se está demorando la operación. Y la remesa robada es una de las más ambiciosas. ¿Dónde está?

—En una caja de depósitos de la Hamilton Station.

—Un lugar seguro, Phil —asintió Benussi, con nerviosa sonrisa—. Dadme la llave de esa caja y largaos con el dinero.

—Aún hay otra condición —dijo McCowen, adquiriendo sus ojos un fuerte brillo—. Un pequeño detalle más, Cynthia.

—¿Cynthia?

—Sí, Angelo. Cynthia Ward. La muchacha asesinada por Daltrey, Kellerman y Williams.

—¡Ah, sí! ¿Qué ocurre con ella? Está muerta, ¿no?

—Correcto, Angelo. Muerta. Kellerman y Williams ya están también en el Más Allá.

Benussi parpadeó.

Sacudió la cabeza incrédulo.

—¿Habéis..., habéis liquidado a Herbert y Kellerman?

—Y a dos individuos más que les acompañaban en The Globe, pero nos queda el más importante. Raymond Daltrey. El fue el principal culpable de la muerte de Cynthia, ¿me equivoco?

Daltrey sonrió.

Se aproximó a la mesa para coger una de las Luger allí depositadas.

—Pues sí. Yo fui quien llevó el... interrogatorio de esa furcia llamada Cynthia. Murió a mitad de conversación. Algo muy lamentable.

—¡Maldita sea! —exclamó Benussi—. ¿Qué infiernos ocurre? ¡Ahí están los trescientos mil dólares! ¿Qué más quieres?

—La vida de Raymond Daltrey —dijo McCowen—. Le queremos también en el Más Allá.

Ahora fue Daltrey quien parpadeó, incrédulo.

Aferró con más fuerza la Luger.

—Ya estoy cansado de vuestra insolencia. La Hamilton Station, ¿no? Bien. Tres segundos para entregarnos la llave. Tres segundos... y dispararé. Luego la buscaré en vuestros cadáveres.

McCowen y Armstrong se distanciaron levemente.

—No seáis idiotas, muchachos —aconsejó Benussi—. Raymond no amenaza en vano.

—Uno...

—Cuenta despacio, Raymond —sonrió McCowen, con fría voz—. Tres segundos es lo que te queda de vida.

—Dos...

La Luger tembló imperceptiblemente en la diestra de Daltrey. Impresionado por la indiferencia de los dos hombres.

—¡Tres!

Raymond Daltrey apretó el gatillo.

La detonación atronó en la estancia.

Phil McCowen y Alec Armstrong se arrojaron al suelo. Y ambos llevaron la mano derecha a la pernera. Con sólo alzarla se descubrieron las Walther. Sujeta por cinta adhesiva a la pierna derecha.

Todo fue muy rápido.

Raymond Daltrey volvió a disparar.

De nuevo el estruendo de las detonaciones.

Sólo eso.

Ruido.

Boris Cagney y Bruce Jarrot quisieron utilizar sus armas, pero ya era demasiado tarde. Habían perdido unos instantes preciosos. Sin duda tranquilizados por la acción de Daltrey. Y cuando quisieron reaccionar ya estaban con un pie en el Más Allá.

Phil McCowen, desde el suelo y semioculto tras uno de los sillones, disparó dos veces. Algo más que ruido.

Boris Cagney y Bruce Jarrot cayeron casi a un mismo tiempo.

Raymond Daltrey, tras contemplar estupefacto la Luger, comprendió el engaño. Estaba disparando balas de fogeo. De ahí que no tomara la otra Luger, sino que bordeando la mesa abrió el primer cajón.

Alec Armstrong sonrió al apretar el gatillo.

Y amplió la sonrisa al ver como Daltrey era proyectado sobre el sillón giratorio. Balanceando su cabeza por la violencia del impacto. La bala le había perforado limpiamente la cabeza.

Un acre hedor a pólvora, sangre y muerte dominaba ahora en la estancia.

Angelo Benussi había introducido nerviosamente su diestra en la caja fuerte.

McCowen esperó.

Y cuando Benussi giró, empuñando una Magnum, fue cuando Phil McCowen apretó el gatillo.

El proyectil empujó a Benussi contra el mueble. Con violencia. Derribando varios libros. Benussi fue resbalando hasta quedar

sentado en el suelo. Un libro le cayó encima. Del rojo orificio dibujado en la frente de Benussi comenzó a gotear sangre sobre las abiertas hojas del libro. Angelo Benussi también tenía los ojos muy abiertos. Como si estuviera leyendo.

Simplemente estaba muerto.

Tras el crepitar de los disparos se originó un súbito silencio. Muy fugaz. Se escucharon precipitados pasos. La puerta se abrió bruscamente.

Asomó un individuo.

Portando una ametralladora Browning.

Fue recibido con dos disparos.

McCowen y Armstrong habían vuelto a disparar al unísono.

El individuo giró como una peonza. Con el dedo engarfiado sobre la Browning. Presionando el disparador. En convulsivas ráfagas.

—¡Atrás, maldita sea! —gritó una voz desde el hall—. ¡Tenemos que avisar a los muchachos!

Se escuchó otra voz.

Aún más alterada y nerviosa.

—¡La policía! ¡La policía está rodeando el bungalow! ¡Es el FBI!

EPILOGO

La gasolinera estaba emplazada en Clover Creek. En un magnífico cruce. Con abundante tráfico de vehículos.

La gasolinera aún no estaba en funcionamiento. Tampoco el contiguo taller de reparación. Todo muy nuevo. Aún era perceptible el olor a pintura fresca.

Sonó el claxon.

—¡Oh, no! —suspiró Harris—. ¡Ahí está otra vez!

Armstrong fue más contundente.

—¡Maldita sea! ¡No puede ser, Phil! ¡Otro día más, no! El abuelo y yo estamos cargando con todo el trabajo. Tenemos que inaugurar la gasolinera el próximo martes.

McCowen se despojó del guardapolvos.

Sonrió.

—Tranquilos. Luego haré yo horas extras. Estoy cumpliendo con mi deber de ciudadano. El inspector Reddols...

—¡Y un cuerno! —interrumpió Armstrong—. Ya hemos declarado. Los tres. Les hemos contado todo, hemos entregado los billetes falsos, nos tomaron declaración firmada, el FBI está desmantelando la organización Benussi..., ¿qué más quieren?

McCowen atrapó su chaqueta.

Sin dejar de sonreír.

—Siempre quedan algunos detalles.

—¿Y por qué no voy a entrevistarme con el inspector? ¿Por qué siempre tú?

—Yo tengo más facilidad de palabra. No me esperéis para el almuerzo.

—Phil... ¡Phil! ¡Maldita sea tu estampa!

McCowen corría ya hacia el Chevrolet estacionado a unas veinte yardas.

Sandra, al volante, le esperaba sonriente.

—Hola, Phil. ¿Qué le ocurre a Alec? Me pareció oírle protestar.

—Te envía recuerdos.

—¿Seguro?

Phil McCowen se acomodó junto a la muchacha.

El auto se alejó dejando atrás la gasolinera.

—Ya están algo mosqueados, Sandra. Toda una semana de conversaciones con el inspector Reddols les parece excesivo. Máxime leyendo las informaciones de la Prensa. El imperio de Angelo Benussi está siendo demolido a pasos agigantados.

La joven asintió.

Con amplia sonrisa en sus gordezuelos labios.

—Así es. En la camuflada caja fuerte del bungalow se encontró

todo tipo de pruebas. Nombres, fechas, hechos, tapaderas, sobornos... Estamos haciendo una buena limpieza. Y todo gracias a vosotros.

—El FBI también se ha portado muy bien con nosotros olvidando el... incidente de la furgoneta y avalando un crédito para nuestra gasolinera.

—Es lo menos que podíamos hacer en compensación a los servicios prestados. Lo de la furgoneta..., ya conoces el refrán de quien roba a un ladrón...

—Fue un trabajo de aficionados.

Sandra rió.

En alegre carcajada.

—¿Aficionados? ¿Qué me dices de lo ocurrido en el bungalow? ¡Cielos! ¡Ni los G-men del difunto Hoover lo hubieran hecho mejor!

—Para un momento, Sandra... Allí... Bajo aquel árbol.

Sandra desvió el auto de la carretera deteniéndose bajo la frondosa copa de un árbol.

—¿Qué te ocurre?

McCowen la tomó por los hombros.

—Irresistibles deseos de besarte, Sandra. Eso me ocurre.

—También los siento yo, Phil...

Unieron sus labios.

Apasionadamente.

—Sandra...

—¿Sí, Phil?

—En tiempos de Hoover no había agentes del FBI como tú..., con tus cualidades..., con tus... —McCowen deslizó la diestra por los pechos femeninos—, con tus armas ocultas...

—Eres un...

Phil McCowen no la dejó terminar.

Volvió a saborear los carnosos labios de Sandra. Reclinó el asiento hacia atrás. Dispuesto a hacer un trabajo de profesional.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**